

Afuera es noche
(narrativa)



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2014

Afuera es noche

Poli Délano

©Poli Délano
1º edición, Ceibo Ediciones abril 2014
Santiago-Chile. Ceibo Ediciones

Teléfono: 225020782
www.ceiboproducciones.cl

Portada: *Sloppy Joe's Bar*, acuarela sobre papel
de Christian Olivares Thomsen

Edición: Dauno Tótoro
Diseño: Eugenia Prado B.
Corrección de estilo: Francisca Garat

I.S.B.N.: 978-956-9071-67-6
Impreso por Productora ANDROS Ltda.



Santiago de Chile, 2014

Cuando salí del hospital, la tarde avanzaba hacia esa etapa imprecisa y confusa del día que mi amigo Renato, siempre mi mejor amigo, solía llamar “hora de la cantina”, porque con el ocaso se dejaba caer también la depresión y entonces era preciso evadir la fantasmagoría refugiándose en los bares. Alrededor de las seis, calculé, por la luz aun potente de la primavera en apogeo. Soplaban una brisa fresca y en toda la cuadra reverberaban los racimos del jacarandá, produciendo alguna alegría a pesar de todo. Me pasé la mano por el rostro palpando a contrapelo la barba de los días que estuve prisionero de médicos y enfermeras, sin mis útiles de aseo personal. Me imaginé desastroso de aspecto, como pudiera habérmelo dicho a gritos un espejo. Pero ni siquiera me acerqué al baño. Sólo quise encasquetarme mis ropas un tanto ajadas y tirillentas por efectos de la pelea, y salir cuanto antes de esa enorme sala sin ventanas, intervenida por el eco permanente de lamentos y gemidos, del llanto que produce el dolor de los solitarios que no tienen a quien llorarle, huir del infierno que me capturó cuatro días hasta que me dieron el alta. El carillón de una iglesia quiso comunicarme algo, pero no me concentré en sus notas, distraído en la revisión de mis bolsillos, donde aún sobrevivían la destartada cédula de identidad, una libreta de direcciones también rotosa, la llave de la pieza que les arriendo a las enanas,

y algunos billetes mal doblados. Sólo faltaba la navaja automática que me regaló Renato hace bastantes años y que me ha ayudado en varias oportunidades a salir de situaciones difíciles en las que caigo con frecuencia. No soy una persona violenta, pero a veces me enoja y pierdo el control, sobre todo cuando me echo al cuerpo algunas copas de esa combinación de venenos que llaman pichuncho. Confirmé que me seguían acompañando con fidelidad los dolores: en el hombro –por la llave japonesa–, en la rodilla derecha, debido a la caída violenta, y en la nuca, a causa del tajo y los puntos de la sutura. No estoy tan solo, pensé, al menos mis dolores no me hacen la desconocida, y eché a caminar despacio hacia el poniente, desde donde llegaba el bullicio neurótico que detonan las calles importantes en los atardeceres de Santiago. Una avenida, mucho tráfico. Por ahí tendría que haber un bar. Los días de abstinencia hospitalaria no habían logrado desintoxicarme: necesitaba un trago. Intenté, dentro de mis limitaciones, apurar el tranco.

Me hubiera gustado ser como ese personaje de un cuento que leí en época lejana. Al salir de la cárcel, un hombre ya viejón se mete en una iglesia para capear la nevazón navideña en una calle de Manhattan, y al escuchar los himnos celestiales que entona el coro polifónico, descubre que la vida es bella, todo lo humano se le revela divino, por lo que toma la decisión de convertirse en otra persona, alejarse del mal, no robar nunca más ni desear a la mujer del prójimo, desterrar de su quehacer las pillerías y las trampas, perseguir como única meta la virtud, y entonces camina maravillado por las calles de la ciudad. Me gustaría ser como él y que mi ciudad fuera como esa ciudad del cuento. Pero eso yo no lo lograría ni en mil años. Menos en Santiago. Al parecer, crucé hace un buen rato el punto desde el cual no hay retorno. No quiero decir que mi alma albergue una dosis excesiva de perversidad. Lo que pasa es que se infiltró en mi sangre una tendencia irrefrenable a los vicios, y mi voluntad es poca cosa para oponérsele. Me gusta el juego, me gusta el trago, y me gustan las mujeres, de manera que mi vida transcurre entre un lío y otro, algunos menores, otros más serios. Sin embargo, puedo jurar que no

siempre fue así. Alguna vez tuve una familia, trabajo estable, algunos bienes, y un círculo de buenos amigos burgueses. Y tuve sueños también. Pero la cosa es siempre que unos ganan y otros pierden. Yo debo ser de los últimos, lo que los gringos llaman *loser*, aunque pienso que para perder o ganar hay que hacer una apuesta, y yo tan sólo he apostado sobre las mesas de juego.

La primera vez que visité el Casino de Viña tenía como treinta y cinco años y pensaba que todo en la vida iba muy bien, mientras que hoy me pesan los casi sesenta que cargo sobre el lomo como un fardo que alguien, sin aviso, me dejó caer. En la sala de ruletas encontré una mesa con poca clientela y le pedí al crupier diez mil pesos en fichas azules. Mi tío Manolo me había aconsejado que antes de apostar observara la tendencia del crupier, hacia qué sector de la ruleta se cargaba su mano, y eso fue lo que hice. Noté que el tipo era más o menos parejo porque después del “siete” vino una retahila de números cercanos a ése, no en el paño, sino en la rueda misma, y en esos aledaños fui poniendo mis apuestas. Una ficha a pleno, varias a medio y a calle, una por si acaso entre el “cero” y el “doble cero”. En poco más de una hora las fichas azules sumaban casi sesenta mil pesos y me sentía muy satisfecho, con la impresión de andar luciendo una inamovible sonrisa. Fui hasta la barra del grill, me zampé dos martini secos al hilo y luego busqué la Caja para cambiar mis fichas por billetes. El tío Manolo me había aconsejado también que no dejara calentárseme la cabeza, hay que saber retirarse a tiempo, así hacen los ganadores. Salí a la espléndida noche marina, clara, casi tibia, y busqué mi Citroneta para volver al hotel. Varios grupos marchando me crucé en el camino. Plena campaña presidencial. Gritaban por Frei, por Alessandri, por Allende. Faltaba poco para la elección Tercera chance de Allende, ¿será siempre la tercera la vencida? En esos días yo viajaba a Valparaíso todos los viernes, por razones universitarias, y regresaba a Santiago los sábados después de una vuelta por el puerto y algún plato de mariscos en la Caleta El Membrillo. Alojaba en un hotel modesto a dos cuadras de Plaza Victoria.

Tendido en mi cama, contando de nuevo los billetes, pedí a la operadora comunicación con Santiago y llamé a Renato para invitarlo a comer almejas al matico y caldillo de congrio en el Lobo Marino, le dije que tenía dinero y deseaba gastarlo, en serio, le aseguré ante sus dudas, sí, huevón, mañana, vente como para llegar a las doce, no te preocupes por el regreso, tengo la citro.

Conocí a Renato en la Facultad unas semanas después de mi llegada a Santiago. A pocos días de iniciadas las clases la Federación de Estudiantes declaró una huelga porque había subido la tarifa de la locomoción colectiva. Asambleas, votaciones, alegatos, salidas a manifestarse, a revolver el gallinero, y en esos oficios nos encontramos una tarde desfilando por el centro de Santiago, gritando consignas contra el gobierno, parando el tránsito, eludiendo el lumazo de los pacos, sin sospechar siquiera que habría disparos, una estudiante muerta, violencia desatada y que los días siguientes Santiago parecería una ciudad en guerra, autobuses ardiendo, faroles y escaños hechos trizas en la Plaza de Armas, incendios. ¿A este infierno veníamos a vivir? Renato también era provinciano, pero de la pampa salitrera, otros paisajes, me decía, el desierto es muy poderoso, no tiene parangón, mientras que yo lo deslumbraba con mis descripciones húmedas de las selvas valdivianas. Nos caímos bien a la primera, como suele pasar en la vida, unos caen bien, otros caen mal. Nada más de mirarse, según dicen que son los amores a primera vista, aunque yo nunca experimenté uno, siempre mis relaciones se fueron construyendo de a poco, como cuando se levanta un muro ladrillo por ladrillo. Quizás la única excepción sea Susy Wong, a pesar de que más que amor fue una calentura breve, aerodinámica y flotante que se disfrazó de amor para rematarla.

Renato estudiaba fagot, no tanto porque le gustara ese instrumento, sino porque su afición a la música llegó tardía, y eso casi lo dejó fuera de toda posibilidad de ingresar al Conservatorio, pero el influyente y piadoso maestro Abraham abogó por él aduciendo que lo que más le interesaba al muchacho no era el instrumento mismo sino la dirección orquestal y que para entrar en el sistema necesitaba

estudiar un instrumento. El fagot no tenía muchos postulantes. Era un poco mayor que yo y de él aprendí muchas cosas que han sido necesarias para vivir, para entender mejor el mundo. Pasan años de años y lo sigo extrañando con una intensidad furiosa: sus ansias de vivir a concho, sus ideas, la manera que tenía de exponerlas, la pasión con que se entregaba a las aventuras, su aparente indiferencia hacia las mujeres, que le producía buenas cosechas, sus denuestos contra todo aquello que no le gustara. Que el siglo veinte era una mierda, decía, pura guerra, violencia, había que creer en el vaticinio de los sabios: si alguien quiere una vida pacífica y tranquila, que se cambie de siglo, y cantar con Gardel las palabras de Discépolo, decía, *siglo veinte, cambalache, problemático y febril, el que no llora no mama y el que no afana es un gil*, las revoluciones de los primeros años, Zapata y Villa en México, los bolcheviques en Rusia, Mao y su gran marcha, a mediados del siglo, Fidel y el Ché en Sierra maestra, violentas también, pero al menos con el aire esperanzador de traer nuevos tiempos de mayor justicia para los más “vulnerables”, como llaman ahora a los pobres en este país hipócrita que se expresa tan sueltamente en eufemismos, “asesoras del hogar” llaman a las empleadas, que no asesoran nada y sí son empleadas en el peor sentido, siervas, esclavas contemporáneas, “jurel tipo salmón” se atreven a etiquetar sus productos los genios de la publicidad, mientras que los más tontos de la población se la creen a pie juntillas, “ostras de semi exportación”, autobuses interurbanos con asientos “semi cama”, el siglo del consumismo desatado, del individuo que solo vive para él, vive y se desvive. Ya córtala, huevón, terminaba diciéndole yo, que si no le ponía freno, podía seguir horas despoticando. Pero fue siempre mi mejor amigo.

No era tarde, podía llamar a Cecilia para invitarla también, que trajera a una de sus amigas, le sugerí. Cecilia era la flaca que por ese tiempo se estaba decidiendo a compartir conmigo lo poco que yo tenía para compartir, lo íbamos a pasar bien, dije, y después de los mariscos podíamos hacer algún paseo, Reñaca, por ahí, día sábado, tiempo bueno.

El fin de semana resultó una verdadera fiesta prodigada por la gentileza del buen Casino. Después de deleitarnos en Reñaca con unas almejas al matico y un caldillo de congrio, nos fuimos a las dunas de Ritoque y la Flaca lió un pito de yerba que nos llevó a las comarcas celestiales donde se pueden decir todas las barbaridades, soñar lo imposible, reírse hasta del paso de una nube, creer en la felicidad.

Pero lo mejor del caso es que la situación empezó a repetirse todos los viernes. Después de mi trabajo en la Universidad, me iba a las salas de juego luciendo una flamante corbata color guinda con lunares blanco invierno. Compraba diez mil pesos en fichas, observaba durante un rato la tendencia del croupier, empezaba a apostar, y un par de horas más tarde partía a buscar mi citrola con dos o tres martinis en el cuerpo y cincuenta o sesenta mil pesos en el bolsillo. Desde el hotel llamaba a Renato y a la flaca Cecilia para planificar los movimientos de sábado y domingo. Me encantaba hacer zumbar la plata, como se decía entonces. Hasta llegué a creer, como un idiota, que la suerte era vehículo que se mueve en una sola dirección.

Queda claro que por esos días aún juveniles, Cecilia había perforado un perfecto hueco en mi vida, introduciéndose en él con cautela y delicadeza, pero con un pegamento de primera. La tarde inolvidable en que un aguacero inesperado y alevoso convirtió a varias comunas de Santiago en una Venecia sin gloria ni colorido, empezó a fraguarse entre los dos una relación que en los primeros meses fue medio clandestina y algo angustiosa, pero siempre vital, risueña, audaz. Yo ocupaba una pequeña casa interior al fondo de una amplia propiedad ñuñoína, disfrutando de comodidad y privacidad. Ella me visitó —previa cita que sellamos una mañana en la Facultad de Arte— con la intención de venderme una enciclopedia de veinte tomos capaz de satisfacer cualquier curiosidad que uno pudiera tener, por sofisticada que fuese. Una muchacha busquilla, aunque en verdad más busquilla que muchacha, ya que bordeaba los treinta. La conocí en la cafetería de la Facultad y en una conversación alegre y multifacética me enteré de que andaba como loca tras las partitu-

ras de Carmina Burana, sólo las del coro, y resulta que yo las tenía completas, de manera que ofrecí prestárselas por si deseaba sacarle copias. Concertamos la primera cita, a tomar un café en el Sao Paulo. Ahí me enteré de que ella tocaba el piano y estudiaba dirección coral, su sueño era dirigir coros. Para ayudarse económicamente, amenizaba cenas de cumpleaños, fiestas matrimoniales y graduaciones estudiantiles. Además, era vendedora para una editorial dedicada a las enciclopedias a plazo. Por su parte, ella se enteró de que yo trabajaba como impresor de partituras en el Coro Universitario, cargo que me exigía poco tiempo y me permitía subsistir con modestia, de que mis anhelos por llegar a ser un nuevo Jasha Heifetz se vinieron al suelo debido a una pelea callejera en la cual quedó inutilizado para siempre el anular de la mano izquierda, mandando al tacho los años que llevaba estudiando violín. Después del café y la plática le dije a mi nueva amiga que podíamos seguir conversando en mi cabaña para entregarle las cuatro carpetas de Carmina. Le dije también, así al pasar, que tenía unas deliciosas aceitunas de Azapa y una botella de vino Don Matías, pero Cecilia me dirigió una sonrisita comprensiva que a las claras significaba un rotundo “no”. Soy jipi, pero no de las fáciles, dijo. Y dijo que fumaba marihuana, tomaba vino y le gustaba hacer el amor y no la guerra, practicaba el sexo, pero ella elegía con quién. Por eso, cuando nos volvimos a topar en la Facultad y le pasé las partituras, me sometí de inmediato a su malvado plan de venderme la enciclopedia, y ahí estábamos, una tarde absolutamente invernal, no lejos de donde los terrenos empiezan a inclinarse hacia el nacimiento de la cordillera.

Pasamos a la pequeña sala que yo denominaba estudio, aunque lo único que hacía en ella era sacar crucigramas y darle mantenimiento a mis relaciones telefónicas. Cecilia desenrolló de su cuello una larguísima bufanda y se desprendió el gamulán. Su pulóver de cachemira color durazno caía hasta un poco más abajo de la cintura y permitía una celestial imagen de dos pechos muy redondos. Se apegaba también a sus caderas. Mi amiga era flaca, pero tenía de todo. Le ofrecí asiento en la poltrona y, después de servir dos vasos

de vino, ocupé la silla corrediza de mi escritorio, le hice un salud y la dejé explayarse acerca de las virtudes de esa mágica colección de respuestas que solucionaba todos los problemas, sabiendo que no se la iba a comprar.

En eso estábamos cuando el cielo se desordenó, se puso oscuro como si quisiera apurar el encuentro con la noche y descargó un bombardeo de truenos que pareció el estallido de la tercera guerra mundial, acompañado de un aguacero que más que lluvia semejaba las cataratas del Niágara. A los pocos minutos se cortó la luz y nuestra tarea con la enciclopedia quedó inconclusa. Le dije a mi invitada que aguardara un poco, mientras yo cruzaba el patio hasta la casa principal para pedirle un par de velas a la señora Mafalda. Volví con ellas, las puse en dos platillos y las encendí. Disfruté otra vez de la sonrisa de Cecilia. Hablamos de música elevando la voz porque el escandaloso diluvio no cejaba un segundo, y serví otros dos vasos de tinto. Recordamos partes de *Carmina Burana*, yo elogí enfáticamente la parte de la taberna, y ella entonó con una preciosa voz de soprano el aria *Stetit puella*. Abrí un paquete de galletas de agua, lo único que tenía para acompañar el trago, nunca he sido previsor. Al cabo de un par de horas, todo seguía igual y mi amiga se estaba poniendo nerviosa. Quiso hacer un llamado, pero la línea telefónica estaba muerta. Recordé una pequeña radio a pilas que no había usado en mucho tiempo y me puse a buscarla en los cajones del escritorio. Nada. La vine a encontrar en el closet donde amontono mi ropa. Por milagro funcionó, lo de “milagro” es real, hacía siete años que no se usaba. Nos enteramos de que se habían desbordado el San Carlos y no sé qué otro canal de La Reina, y de que las avenidas que bajan desde los faldeos de la montaña hacia el poniente de la ciudad eran caudalosos ríos. Muchos vehículos quedaban varados en las calles y la mayoría de las comunas permanecían a oscuras. Navegantes solitarios circulaban por la avenida Irarrázaval en botes inflables que las hacían de góndolas, alumbrándose con linternas titilantes como luciérnagas.

—¿Dónde vives? —pregunté.

—Más allá de la Quinta Normal —dijo Cecilia. Era el otro extremo de Santiago.

—Creo que no te vas a poder ir.

—Pero esto tiene que parar en algún momento—. Le temblaba un poco la voz. Estábamos frente a la ventana mirando el patio y buscando el cielo con la esperanza de que apareciera un pequeño claro como señal de cambios.

—Sí, pero ese momento puede ser mañana, o quizás pasado.

—¿Tienes una cama extra?

—Nones.

—¿Un sofá?

—Tampoco. Tendrás que dormir conmigo —dije haciéndome el simpático.

—Soy casada.

—Yo no tengo prejuicios.

—En realidad mi marido y yo estamos tramitando la separación legal.

—Entonces no hay traición ni engaño.

Y nos dimos el primer beso, como aceptando nuestra suerte, qué hacerle, obligados a compartir la cama, era el destino. Un prolongado abrazo. Ella temblaba.

—El vino me está haciendo efecto —dijo riendo nerviosa—, y me afecta las rodillas.

—¿Te tiemblan?

—Se me abren.

Fue una noche feliz, a pesar de la inquietud, y el día siguiente fue feliz también. El aguacero no cejaba, no dejó que la faca Cecilia se marchara a casa. Y aunque las lluvias solo duraron tres días, Cecilia se quedó seis años, y durante esos felices tiempos ella me repetía con frecuencia que ojalá cuando llegara la hora, nos muriéramos juntos.

Me interné en la avenida Recoleta cojeando debido a un dolor que atacó las cercanías de mi tobillo izquierdo, un dolorcito agudo, pero no cargante, como que de pronto fuera a caer y rodar miserablemente por el suelo, un dolor que posiblemente estuvo allí todo el tiempo, agazapado, listo para entrar en acción apenas la anestesia dejara de surtir su efecto, o se detuviera el consumo de los analgésicos. Con un dolor en el pie no se puede ser feliz, pensé. Tres cuabras que se me hicieron pesadas y de pronto la felicidad entreabrió sus puertas mientras ya enfilaba mis pasos hacia el río Mapocho, aún bastante lejano, y lo hizo dando forma a las letras luminosas de un letrero que anunciaba BAR – TOLO. Entré sin permitirle a la idea una segunda vuelta y me dirigí a una buena barra de madera gruesa con algunos nombres y otros signos grabados a cuchillo sobre la superficie. Me senté frente a un extremo del espejo que separaba las dos repisas plenas de botellas. Confirmé que mi aspecto era deplorable, la barba grisácea, casi blanca, un diente menos en la melancólica sonrisa, y las mechas tiesas disparadas en todas direcciones como flechas sin blanco. Los ojos enojados del mesero me preguntaron qué deseaba. Yo le pregunté si se llamaba Bartolo y me miró con lástima, como si le hubiera contado un chiste malo. La desconfianza se hizo más visible cuando pedí con bastante seguridad un martini seco con cebollín en lugar de aceituna. No era el cóctel apropiado para un tipo de mi aspecto. De seguro esperaba que pidiera una caña de vino “tres tiritones” que ofrece la casa, o una Becquer, la más barata de las cervezas. ¿Bien seco? me preguntó como para cerciorarse de que no había escuchado mal. Bien seco, le respondí, gin nacional y apenas una gota de martini. Cuando un rato después le hice señas para que me preparara el segundo, dudó un poco y en sus ojos leí que estaba a punto de preguntarme si acaso sabía cual era el precio de ese trago, pero no se atrevió, algo de honorabilidad debe haber descubierto en mi persona y prefirió tragarse la ofensa. Algo de eso quizás me quedaba. Con la segunda copa empecé a sentir un creciente bienestar, desapareció la molestia del tobillo y diseñé

una sonrisa para mi benefactor. Usted sabe prepararlos, le dije al encargar el tercero. No tiene mucha ciencia, dijo él. Será el último, lo tranquilicé, no me alcanza para más. Aunque no era solo eso, el trago se me estaba subiendo a la cabeza con rapidez, tal vez debido al drenaje de la sangre durante los días de abstinencia en el hospital. Y de pronto, mirando de reojo por el espejo hacia el interior del local, me pareció que el tipo solitario en una mesa del rincón más lejano, junto al pasillo que de seguro llevaba a los servicios sanitarios, era Charles. No podía jurarlo, de manera que me levanté y caminé hacia ese punto, un tanto trastabillante, ya fuera por la lesión de mi pie o por los efectos del gin. O por ambas cosas. Charles tenía frente a sí una botella de jerez Tío Pepe a medio vaciar, y bebía ahora con lentitud y parsimonia. Era él, no tuve dudas.

–Hola, Bukowski –le dije–, ¿me puedo sentar?. Se lo pregunté mientras me sentaba, antes de obtener su venia. El me miró como intentando desentrañar quién podía ser el intruso, pero aceptó mi presencia con un gesto cálido.

–Hola –respondió, con su voz ronca y grave.

–Mira Buk –empecé–, a mi también me interesan más los pervertidos que los santos, y prefiero las putas antes que a las buenas señoras que van a confesarse los domingos. También me compré una muñeca inflable después de que la Maribel me echó de su casa con divorcio por delante y todo, cuando ya, por suerte, ni siquiera se dignaba a bajarse los calzones. También conocí a algún poeta de esos que ya rotos por la vida optan por enterrar la diuca en un zapato de mujer, taco alto, antes que buscarse una mina de carne y hueso, o por mear en una botella vacía para no levantarse de la cama. También recibí insultos de una adolescente que protesta porque le miro las tetas. Y podría continuar con muchos casos relativos a las vorágines del alcohol, el castigo de los caballos en cada carrera, los desacatos. Pero cuando dices que le ganaste a Hemingway en el cuadrilátero, ésa sí que no te la creo, ¿no será que la imaginación te está llevando hasta el delirio mientras en el cuarto del hospital la Muerte

se fuma tus cigarrillos y se bebe tu vino? Es que no te conformas con ser el segundo, Buk, ah, maricón, vamos a tener que hablar seriamente concha tu madre... –le agité la solapa.

Mi amigo no pudo resistir y, levantando pesadamente su cuerpo robusto, le dirigió a mi quijada un mandoble que me tumbó al suelo con silla y todo. Fue el primero y el último, ahí quedé mirando el cielo del bar, incapaz de moverme, mientras otros comensales decidieron detener la pelea y el barman se acercó a cobrar los tres martini secos que junto con Buk, mi dolor y las puertas de una depresión, acabaron por derrotarme.

Sin embargo esa noche, a pesar de todo, dormí en mi cuarto de Bulnes.

Desperté bastante maltrecho, y tras unos revolcones algo dolorosos dejé que la vista se clavara sobre el óleo en la pared frente a mi cama mientras me repetía en silencio –igual que todas las mañanas– las palabras que suponía le estaba diciendo ese marinero, copa en mano, a la pequeña prostituta en la habitación que mira al puerto, donde un barco anclado da señales de aburrimiento. Luego me levanté a buscar la bata para ir al baño del piso a darme una ducha y descargar el organismo de sus inmundicias. Cerré la ventana de mi pieza, que daba a un patio de luz, y corrí la cortina para que ningún impertinente intrusara en mi vida. Saqué una toalla del canasto para la ropa sucia y luego abrí la puerta del closet temiendo que se me viniera encima la linda muñeca inflable que compré cuando rompí con Maribel, pero la Susy, como la llamé en recuerdo de aquella cálida chinita que conocí navegando, yacía inerte en uno de los compartimentos y no me dio ni la hora. Tomé el cepillo de dientes, el jabón, y emprendí mi primera aventura matinal, aunque era ya cerca del medio día. Debido a que a esa hora no tenía competidores para entrar al baño, pude disfrutar del agua tibia y restregué de mi piel una buena parte de la mugre acumulada. Al regresar a la habitación, me crucé con Pati, una de las enanas. Hola Pati, le dije. Hola mi niño, contestó. A mucha gente le está dando la estupidez cursilona de llamar “mi niño” a las personas, cualquiera sea su edad.

Con la Maribel el matrimonio duró apenas un poco más de dos años, y antes de casarnos no alcanzábamos a juntar seis o siete meses de pololeo.

Todo empezó el día que yo cumplía veintidós y mi amigo Renato llegó con una botella de vodka a brindar por mi felicidad, a entregarme su regalo –un LP con dos conciertos para violín y orquesta– y contarme que había conocido a una “dama” que cuando supo que él era músico, se mostró ansiosa por tomar clases de solfeo. ¿Y se las vas a hacer? Le pregunté. No huevón, te recomendé a ti. Me anotó sus señas. Escuchamos juntos los dos conciertos, Brahms y Mendelsohn, y mi amigo me desenrolló una de sus peroratas, con la ciencia le dio ahora, que en la segunda mitad del siglo diecinueve la ciencia se había desarrollado notablemente en todos los ámbitos y el ser humano se enteraba con aflicción y sorpresa de algunas verdades poco simpáticas y bastante difíciles de creer, de que no provenía de Adán y Eva sino de los monos, su organismo estaba plagado de pequeños seres llamados microbios, responsables de infecciones y enfermedades, el motor de la historia es la lucha de clases, el camino más corto entre dos puntos no es la línea recta, en nuestra mente existe una zona de la que nada sabemos pero que controla nuestros miedos, nuestras fobias, nuestro comportamiento, y se explayaba tan irritantemente como un catedrático acerca de las genialidades de Darwin, Pasteur, Marx, Freud, y de los avances de la ciencia en otros ámbitos que permitieron además los desarrollos tecnológicos con los que se iniciaba nuestro siglo, el automóvil, el cine, el teléfono, y para qué decir en nuestros propios días presentes. Yo lo escuchaba, a veces con interés, otras con aburrimiento. Pero lo escuchaba. Salud y revolución, dijo antes de partir.

La dama del solfeo resultó ser más o menos joven, apenas cinco o seis años mayor que yo, pensé, aunque después supe que la diferencia era de nueve. Vivía en una callecita entre las avenidas Suecia y Lyon, cerca de Bilbao, lindo barrio, vegetal y colorido. El living al que me hizo pasar para la primera lección, contaba con un piano de pared y

era un espacio amplio con muebles modernos de madera clara, poblado de objetos artesanales y pequeñas acuarelas abstractas. Una puerta francesa hacia el jardín donde las hamacas aguardaban bajo la sombra gentil de un parrón. Empezaban los días calurosos y ese lugar parecía una bendición del Señor. Dos tardes a la semana le daría una clase de dos horas, y ella aceptó de buen grado la cantidad que propuse como “mis honorarios”.

Mientras trabajábamos, nos íbamos conociendo de a poco. Yo era un jovencito provinciano que se vino a la metrópolis con la ambición de convertirse en un gran violinista. Me soñaba en el Municipal interpretando los conciertos de Brahms y Mendelsohn, pero sobre todo la Partita número dos de Bach como se la escuché una vez a Pedro Dandurain en Concepción. Maribel era viuda. Su marido le había legado buenas cosas y ella no necesitaba trabajar, por eso recorría con afán los territorios artísticos. Además de la música, tomaba clases de dibujo y de acuarela. Los paisajes del living eran suyos, ¿me gustaban? Y tenía proyectado hacer algunos viajes, Europa, Oriente, le fascinaba la China milenaria.

Una tarde la empleada que iba dos veces por semana a lavar la ropa y hacer el aseo me informó que la señora no se encontraba en casa, pero que la esperara, había dejado dicho. En una mecedora bajo el parrón me puse a leer una Paula que saqué del revistero. Me la zampé casi entera. Cuando empezaba a esconderse el sol, decidí partir, ya no habría tiempo para la clase, pero justo en esos momentos sentí entrar el auto de mi alumna y en pocos minutos estaba ella ofreciéndome las explicaciones del caso. Parecía como si viniera de la playa: un short amarillo bastante breve que la dejaba lucir casi enteras sus piernas desnudas, una polera ceñida, color canela, sí, estaba bien la dama Maribel, nunca había reparado mucho en ella, me pareció incluso atractiva.

–Lamento mi atraso –dijo–, no pude llegar antes. De todas maneras te pagaré la clase, pero acompáñame a tomar una copa, estoy un poco nerviosa.

Pasamos al pequeño bar del living y me preguntó si acaso me gustaba el martini seco. Le dije que sí, aunque jamás lo había probado. Yo no pasaba de una cerveza o un par de cañas de vino. Pero esa tarde se gestó mi afición por este potente y sabroso cóctel.

—¿Y por qué tan nerviosa, señora Maribel? —se me ocurrió preguntarle. Estábamos sentados y habíamos chocado las copas en un primer brindis. Me miró con cierto reproche.

—Rodrigo, te he dicho hasta el cansancio que no me digas “señora”, me haces sentir más vieja de lo que soy, ¿qué puedo hacer para convencerte?

—¿Por qué está nerviosa? —insistí como un estúpido—. Me miró con lástima.

—Venía rajada de la casa de mi prima para no llegar tarde a tu clase, y en Plaza Italia me topé con una batalla campal entre los carabineros y los que protestaban contra la inflación, que gritaban insultos, tiraban piedras y recibían palos. Un grupo me rodeó y empezaron a columpiar el auto, pensé que me darían vuelta y casi paro las patas del susto, pero por suerte la cosa no pasó a mayores y me dejaron seguir. En todo caso quedé tan saltona que tres o cuatro cuadras más allá atropellé a un perro. Lo maté, y la dueña que lo andaba paseando se tiró al suelo encima de él y se puso a llorar de una manera que no había cómo detenerla—. Se tapó el rostro con las manos. —¡Fue horrible! El animalito quedó destrozado y la mujer se abrazaba a él repitiendo una y otra vez su nombre, Sultán, y gimiendo, Dios mío santo, gritaba y después me gritó ¡asesina! Cuando le aseguré que le iba a pagar su perro, se levantó y trató de pegarme... Pero no quiero hablar más del asunto, terminemos con esto, me hace mucho daño—. Estaba llorando y yo me atreví a tomarle las manos.

—Cálmese, señora Maribel, ya pasó todo... —quise consolarla. Ella apoyó su cabeza sobre mi hombro y tuve que abrazarla. Al sentir la presión de sus pechos, busqué la manera de apartarme, me levanté del sillón y dije que tenía que partir. Su llanto se hizo más histérico

mientras me dirigía un gesto de adiós con la mano, sin darme la cara. Pero cuando yo abría la puerta, gimió con angustia:

—Ven por favor, Rodrigo, ayúdame a subir a mi pieza, siento las piernas muy tembleques. Por favor.

Qué le iba a hacer, me disgustó la situación, pero no podía ser tan desatento como para largarme sin más ni más. La ayudé a levantarse del sillón, la tomé del brazo y llegando a los pies de la escalera, ella pasó su brazo por mi cuello, y la tomé de la cintura para empezar a remontar los peldaños. Llegamos a un dormitorio amplio, con las paredes salpicadas de pequeños paisajes al óleo. La dejé tendida en su cama y me hice humo.

Un par de días después, Renato quiso saber qué había ocurrido con la dama-alumna,

—¿Qué le hiciste huevón? —me preguntó.

—Nada especial —le dije—, ¿por qué preguntas?

—Porque anoche me llamó para no se qué, y entre otras cosas me dijo que eras el tipo más pelotudo que había conocido nunca.

Quedé como si me comieran las pulgas, como si un moscardón zumbara en mi ventana. Le pedí a mi amigo que nos juntáramos por la tarde a tomar un café, para conversar más a fondo sobre el tema. Juntarnos sí, dijo, pero no para un café, mejor un trago, ¿Las Tejas?

Hablamos de todo, de la música, el concierto de Max Bruch en el Municipal interpretado por Liebertz, de cómo son las mujeres, a veces indescifrables, misteriosas en sus caprichos, brujas para sus predicciones, de lo que esperan de uno, y sobre todo de la diferencia entre una chiquilla y una mujer que ya enviudó.

Las Tejas quedaba en la calle Nataniel como a una cuadra de alameda, un enorme galpón lleno de barriles que contenían distintos tipos de vino —pajarete, chacolí corazón de paloma—, y chichas de uva y de manzana. Con muchas mesas de madera también, donde sonaban fuerte los dados del cacho. Especialidad, el cerdo. Ordenamos pipeño de Cauquenes y dos sánwiches de pernil. Era Renato el

que se conocía las picadas y sabía siempre qué pedir en cada lugar, para lomitos, pernils, arrollados, Las Tejas; para caldillos de congrio, mariscales y otras delicias de ese mar que tranquilo nos baña, la Paila Chonchi; para pastas italianas, La Farnetta; y para un Pancho Villa abundante y barato, el Club de Carteros... Después de hablar sobre las mujeres empezó de nuevo con uno de sus temas recurrentes, la Revolución china de Mao, fantástico, huevón, un país que despierta como si le hubieran metido un ají en el culo, un gigante desperezándose y dejando la cagada con sus tiritones, diciéndole al mundo que tenga cuidado, una revolución distinta, huevón. La Gran Marcha, tres guerras civiles, la derrota definitiva del amañado Kuomintang. ¡Salud compadre! Y vamos de vuelta a los enojos de Maribel, no, huevón, no se le puede hacer eso a una mujer, huevón, todavía no sabes que en estas sociedades pechoñas, suelen ser hipocritonas, nunca te van a decir quiero contigo, no, huevón, pero te emiten claves y tú tienes que descifrarlas, huevón, ¿cómo no te das cuenta? Jamás te van a decir estoy caliente, pero te invitarán sutilmente a que lo descubras.

De manera que al finalizar la clase siguiente, cuando mi alumna de solfeo me ofreció un Martini, acepté gustoso, hice un torpe brindis algo cursilón e intenté sin preámbulos darle un beso, aunque cayera en la mejilla. Ella lo esquivó con pericia.

—¡Chico malcriado! —reprochó sin enojo—, ¿qué te figuras, ah, qué te figuras?

—Es que... —yo no sabía qué decir, no me llegaban las ideas—... Señora Maribel, es que yo...

—Otra vez con lo de “señora”, ¿eres tonto o qué?—, se me vino encima y ahora ella me aplicó un beso nada tímido. Así se hace, dijo después. Esa noche volvimos a subir juntos la escalera hasta su dormitorio.

Después de la ducha en el destartado baño de mi pensión, volví al cuarto, me encasqueté unos yines bastante zarrapastrosos, una polera limpia, las alpargatas, y salí al luminoso mundo primaveral

dispuesto a enfrentar una nueva jornada de... ¿de qué? De acideces y desencantos, pero bueno, qué hacerle, eché a caminar en la dirección habitual, es decir hacia la zona de los cafés, el Haití, el Do Brasil, los cafés “con piernas” que pueblan ahora los paseos peatonales del centro. Aunque todavía cojeaba un poco y me dolían los huesos, en veinte minutos llegaba por la calle Puente a Plaza de Armas, de la que habían hecho desaparecer los árboles para dar perspectiva a los edificios coloniales que la hojarasca se había encargado de tapar, el Correo, la Municipalidad, la misma Catedral. En las clásicas calles Ahumada, Estado y Huérfanos habían exterminado las aceras, acabando también con esas micros que se arrastraban jadeantes con sus pasajeros colgando de las puertas, tiempos en que Maribel y yo frecuentábamos el Sao Paulo más que para paladear un exprés, con la esperanza de ver a los artistas que solían practicar ahí sus tertulias, Balmes, Gómez Hassán, Cassígoli, Teillier. O como cuando hartos años después con la Flaca Cecilia, por esos mismos lugares, buscábamos la plática de Sergio Ortega, Lucho Advis o Raúl Ruiz. Ahora esas calles se llaman paseos peatonales y a ciertas horas parecen la corte de los milagros, mendigos, predicadores que cantan loas al “Pulento”, estatuas vivientes, rateros, vendedores de cachureo clandestino, libros pirateados, marimbas, tenores operáticos, putas infantiles, perros vagos, rateros impúdicos, pajeros babosos y grasientos, un gran mundo contemporáneo de la diversidad, una “galería de personajes”, como dijo cierto filósofo conocido al cruzarnos, “del horror”, le respondí antes de seguir mi camino tras un breve apretón de manos. “Sí, eso —concordó él— del horror”. Pero no todo era tan pésimo, para qué pecar de injustos, en alguno de los cafés siempre encontraría algún amigo con las monedas suficientes como para pagarme el exprés a cambio de un poco de conversación quejumbrosa. Yo les contaba mis recientes encuentros con Bukowski o Hemingway y podía resumirles los argumentos de novelas que nunca había leído. Cuando llegué a las puertas del Do Brasil, me bastó una mirada panorámica para detectar el lugar donde pasaría la siguiente media hora.

—¡Viejo perro! —le dije al chico Barral, dándole un palmazo en el lomo.

—Hola, Rodrigo Montes, ¿en qué andas?

—Págame un cortado y te lo confieso.

Le acepté un cigarrillo, aunque ya no fumaba mucho debido al calamitoso estado de mis bronquios, y le conté la pelea con Bukowski en ese bar de Recoleta, lo maltrecho que me había dejado.

—Bukowski no puede pelear —aseguró Barral—, los veinte polvos diarios y las siete botellas lo dejan sin energía ni para empuñar la mano.

—No creas, Barral, —lo miré a los ojos, muy serio—. Lo de los veinte polvos es leyenda y lo de los tragos anda por ahí. Su actual mujer lo trae cortito.

—¿Quieres decir que Buk se ha incorporado al sistema, que ya no le gusta rascarse los sobacos?

—Sí, mi amigo —dije con gran aflicción—, desgraciadamente ésa es la realidad. Barral notó el par de lágrimas que escaparon de mis ojos y me apretó el brazo en señal de solidaridad.

—Gracias, hermano —le dije, y acto seguido le sugerí— oye, Barral, si tienes un par de billetes, podríamos ir a comer algo al Club de Carteros, aquí cerca, en la casa colonial, segundo piso, muy barato y platos contundentes, mira, en el hospital me tuvieron a ración de hambre. Y el maricón de Barral se excusó, ya que por desgracia al sello editorial que había fundado unos años antes, en plena dictadura, no le iba bien últimamente, los libros no se vendían, la gente ya no lee y bla-bla, lloró un largo discurso, de manera que tuve que partir solo a la casa colonial, me quedaban unos pesos para un “Pancho Villa” y un lorito de vino. Ojalá estuviera de turno el guatón Jerónimo, que siempre me pasa un par de pichunchos de contrabando en una taza de peltre, una mezcla poco conveniente. Con seis o siete hasta el más recio bebedor se va cortado. Me acomodé en una mesa para dos encajada en un rincón y pedí primero el vino y luego mi

plato preferido. Unos metros más hacia el mesón estaba el poeta Rigoberto desenredando los tallarines en su barba hirsuta. Preferí no acercarme a él, ya que por lo general antes de que terminaran los saludos, sacaba de sus bolsillos hojas manuscritas con sus últimas trovas y comenzaba a leerlos uno tras otro sin dar tregua, lamentándose de que su mujer lo hubiera dejado, de lo indefenso que estaba en el mundo, y celebrando a la vez con alegría que al menos le quedara su creación, y métele versos y versos sin misericordia, de modo que me hice el que no lo veía y ladeé un poco la cabeza de manera que si sus ojos miraban hacia mi mesa no dieran conmigo. El primer vaso de vino me produjo los clásicos tres tiritones, parecía “bigoteado”, pero a la vez me llenó —ignoro si los pulmones, el alma o la imaginación— de un grato bienestar que exigía una inmediata repetición. El segundo estuvo mejor y cuando me preparaba para el tercero llegó mi plato. El aceite coloreado relucía sobre los porotos, el huevo frito pedía a gritos que un pedazo de marraqueta le perforara la yema, y el chorizo despedía ese olor irresistible de fritanga callejera. Me sentí bien comiendo, me sentí bien tomando, ah, qué bien me sentía, cuán feliz puede sentirse una persona en esta vida.

Cuando el guatón Jerónimo me pasó de contrabando la tacita de peltre como si fuera un café, aproveché también para bolslearle el cigarrillo que ese banquete se merecía, recresta, si lo único que me faltaba era una blanda cama de dos plazas y la Brigitte Bardot para que me acompañara, en una habitación con ventana al mar, por supuesto. Aunque la verdad es que la Maribel de los primeros tiempos habría sido suficiente para que la jornada calificara con buena nota, regordeta de apariencia, pero durita de carnes, juguetona en los preámbulos, traviesa, experimental, y esa alegría risueña y contagiosa que le salía hasta por los poros cuando hacíamos el amor, en los comienzos de nuestra relación.

La primera vez que nos trenzamos me comporté como un imbécil.

—Señora Maribel—... Estábamos en su alcoba.

–¡Maribel a secas, huevón! –me dijo.

–Maribel, ¿me puedo sacar la ropa?

Se lo pregunté cuando ya ella estaba ya casi desnuda, sentada al borde de la enorme cama de no se cuántas plazas. Se largó una carcajada que me hizo arder la cara, dijo que ella misma me ayudaría, y empezó a desabotonarme la camisa, me pasó la lengua por las tetillas mordiéndolas suavemente con los labios, mientras una de sus manos bajaba el zíper de mis yins y se apoderaba de la estaca endurecida, para luego ir bajando el beso desde las tetillas hasta, bueno, el hecho es que cuando estuvimos ambos como Dios nos echó al mundo, Maribel hizo que me le montara encima y empezó la función, muévete, muévete, me animaba. Yo me movía, sube y baja, aunque con lentitud.

–¡Muévete! –me gritó.

–Me parece que es lo que estoy haciendo –le dije con cierta vergüenza.

–Más, más, acelera, huevón, ¡muévete como si fueras un negro endemoniado!

Y entonces me moví tanto, que mi descarga se produjo en un dos por tres y ella quedó a medio camino. Unos minutos después me apartó con disgusto y permaneció largo rato tendida de espaldas, silenciosa, con la respiración jadeante. No supe qué decir ni qué hacer, ¿debía tomar mi sombrero y mi bastón para marcharme, como en el chiste de don Otto? Hasta que ella rompió el hielo.

–Si quieres darte una ducha, en el closet hay toallas.

Humillado, me levanté de la cama. Maribel estaba echándome. Pero lo que fui descubriendo con los días es que Maribel me compadeció de tal modo por la ineficiencia con que me había comportado, que a partir de esa noche en su alma se fue generando un sentimiento protector que la llevó, primero, a convertirse en mi maestra de juegos eróticos, “tú me enseñas ritmo musical y yo te enseño otro ritmo”, decía y, segundo, cuando ya me había convertido en alumno

aventajado, a pedir mi mano y proponer un viaje a algún hermoso lugar del planeta. Llevábamos pocos meses juntos.

Para mal de mis pecados, mientras encendía el pucho que me pasó el guatón Jerónimo, llegó el poeta Rigoberto, Se sentó a mi mesa y disparó a quemarropa.

–Hola, Rodrigo, qué bueno que nos encontramos, porque quiero leerte unos sonetos, los últimos –dijo sin piedad.

Los sonetos fueron doce, acerca del abandono, el dolor, la soledad, y después de leer cada uno, el vate necesitaba explicarlo minuciosamente para revelar el hecho vital que lo había inspirado.

Más o menos a las cuatro y media, mientras Rigoberto iba al baño, aproveché de pagar mi cuenta, bajé rápidamente las escaleras del Club de Carteros, salí a la luz del día y me perdí calle abajo.

Los sonetos de Rigoberto me bajaron bastante el ánimo, el tipo es una especie de Vallejo de dieciséis milímetros al que todos le dan duro “sin que él les haga nada”, de modo que caminé apesadumbrado hasta el Parque Forestal y busqué un banco bajo la sombra de los plátanos orientales para sentarme a digerir las durezas de ese almuerzo pesado como ladrillo. Encontré el lugar ideal a pocos metros de la escalinata del Museo de Arte Contemporáneo, que en tiempos idos fue la Escuela de Bellas Artes. Grandes árboles centenarios y una algarabía aérea de pájaros musicales. Me tendí a lo largo del escaño, no con intenciones de dormir sino más bien por necesidad de darle reposo a mis tobillos. Cuando quisiera recuperar sueño, me iría a dormir al cine rotativo Roxy, como lo suelo hacer muchas tardes con el fin de estirar las horas hasta el agotamiento. Las funciones terminan a media noche, y después todavía existen tres o cuatro café-bares que se mantienen abiertos y donde siempre es posible encontrar a alguien con quien compartir miserias al amparo de un café, no como en Il Bosco de otras épocas mejores, pero “es lo que hay”, se dice en estos días.

Al Bosco se dejaban caer los actores y actrices del ITUCH o el Teatro de Ensayo cuando terminaban sus representaciones, y las bailarinas del Ballet Nacional, y las bellezas calientes del Bim Bam Bum, y los músicos de la Sinfónica, y los periodistas al cierre de su periódico, y el público cinematográfico de una era en la que abundaban los cines.

–Vamos al Bosco –me dijo una noche la Flaca Cecilia a la salida del Teatro Antonio Varas, donde acabábamos de ver *Vida, fulgor y muerte de Joaquín Murieta*, sobre el bandido mexicano que Neruda chilinizó.

–No me queda mucha plata –fue mi lamentable respuesta.

–Pero a mí sí –dijo ella coqueteando. Dos cafés no nos van a arruinar.

Por esos días me había atacado una mala racha –pésima más que mala. El Fiat 125 por el que cambié mi citrola, lo chocó una camioneta en la carretera a Valparaíso y estaba hecho mierda, medio millón tenía que conseguir para repararlo, y era bastante, “de dónde pecatas meas”, exclamaba mi tío Manolo cuando no estaba el dinero para pagar algo.

Calados por el frío de agosto, apuramos las pocas cuerdas desde Morandé hasta el Bosco y apenas adentro le sugerí a la Flaca que sería mejor permanecer en los mesones, ya que en el caso de tomar mesa en el salón interior, se suponía que íbamos a pedir algún plato, una botella de vino, tragos serios, y no tan solo dos míseros cafés.

–Está bien –dijo ella como resignándose.

Mientras tomábamos con lentitud y parsimonia nuestros capuchinos, el mozo colocó frente a nosotros dos copas y una botella de vino blanco Don Luis.

–Disculpe, no pedimos eso –le dije.

–Se lo mandan de atrás –replicó muy serio, sirviéndonos. Al hablar desencajaba la mandíbula igual que el muñeco de un ventrílocuo.

–¿Está seguro?

–Como de que me llamo Isidro.

–¿Y quién sería?

–No sé su nombre.

Bueno, al parecer estábamos de suerte. Yo solo había visto esos gestos de amistad en algunas películas italianas.

–¡Salud, Flaquita preciosa!

Chocamos copas mirándonos a los ojos como los enamorados, porque es lo que estábamos, y paladeamos un vino de primera, frío como debe ser, a pesar del invierno.

Pensé que si bebíamos toda la botella con el estómago vacío, el vino se nos subiría peligrosamente a la cabeza, pero qué hacerle, por esos días no se conocían las tarjetas que hoy sacan de apuros cuando se necesita dinero. Tampoco íbamos a dejar el vino, ni locos, de manera que seguimos adelante, y decidí entonces desenrollarle a Cecilia los detalles del plan de recuperación económica que desde hacía un par de semanas mis mecanismos cerebrales venían fraguando. Estaba a punto de empezar mi perorata cuando se produjo el otro milagro. Apareció de nuevo el mozo-muñeco y nos sirvió dos platos de erizos al matico y una bandejita con tostadas y mantequilla. No podíamos creer lo que estaba pasando y hasta me pregunté si acaso al final el muñeco no nos entregaría una abultada cuenta que mi bolsillo no estaba preparado para asumir. El mozo me miró con cara de qué hacerle, yo sólo cumplo.

–Bueno –le dije–, me parece que detrás de estos regalos debe haber una invitación, ¿nos puede llevar los platos y el vino a la mesa del benefactor?

–Con mucho gusto, síganme.

Fuimos hasta el salón posterior y el mozo nos guió hasta el mecen. Nada menos que Quico Aldunate, un tipo cincuentón, bigote cano, sonrisa cálida, cierta fama de galán seductor. Dirigía la revista *Vaivenes del Arte*, y un tiempo atrás me lo había presentado en el

Sao Paulo un profesor del Conservatorio.

—Me costó traerlos hasta mi mesa, pero están aquí al fin —dijo levantándose y presentando a su acompañante, Lizette, una linda bailarina que tuvo papel protagónico en Carmina Burana años antes, y a la que conocía por mi trabajo en el Coro. Les agradecí la gentileza y nos sentamos con ellos dispuestos a disfrutar de inmediato esas lenguas de erizo. La densa humareda que provocaban los fumadores irritaba los ojos y hacía carraspear a las gargantas. En un rumor sordo se fundían las risotadas y las pláticas, las discusiones políticas, los chistes, las notas de algún tenor aficionado, los gritos roncós de la incendiaria poetisa Colorina. Conversamos un buen rato sobre amigos comunes, Escámez, Giaconi, sobre los recientes levantamientos negros en Los Angeles, la Marilyn Monroe y la Brigitte Bardot —¿cuál era mejor?—, la guerra de Vietnam, y casi a las dos de la mañana salimos los cuatro juntos a buscar la manera de irnos a casa. Nos despedimos con promesas de vernos de nuevo muy pronto. Que nos iba a invitar al casino de la Casa del Escritor, dijo Aldunate.

La Flaca y yo cruzamos de la mano la Alameda, contentos nuestros paladares de los erizos y el vino blanco, y felices también las almas de que hubiera personas como Enrique. Frente al cine Normandie trepamos a una Ñuñoa-Vivaceta que nos dejaría a dos cuerdas del hogar-dulce-hogar, la misma casucha interior donde algunos años antes un cambio de clima algo siniestro aunque benefactor, nos obligó a pasar juntos la noche de nuestra primera cita. Como teníamos más de media hora de zangoloteo en esa cacharra destartada, decidí finalmente contarle a mi Flaca la idea que desde hacía varias semanas se me venía metiendo entre ceja y ceja: si cada vez que yo iba a jugar al Casino —empecé— compraba diez mil pesos en fichas y con eso ganaba por lo menos cincuenta mil, por lo tanto si en lugar de diez mil pesos, compraba cien mil, debería ganar quinientos o seiscientos mil pesos, practicando naturalmente el mismo método de juego que me recomendó el tío Manolo. Y en ese caso, tendríamos para arreglar el auto, ¿qué tal, acaso no había lógica en el plan?

—¿Y los cien mil para las fichas? —me preguntó Cecilia.

—Un problema que hay que resolver —dije pensando en que el papá de Renato manejaba buen billete y en que mi amigo era de los incondicionales. Un préstamo, tan fácil como eso. La Flaca no quedó muy convencida de que mi plan fuera genial.

Llegamos a la cabaña como a las tres de la madrugada. El vino blanco y los erizos fueron una inyección de energía. Nos trenzamos en estrecho abrazo espontáneo. Los pechos de Cecilia se aplastaron contra mi torso, y una de mis rodillas le entreabrió las piernas. Murámonos juntos Rodrigo, me decía en ese tiempo.

Desperté antes de que terminara la función. Sobre la pantalla un viejo calvo y fofo, muy desnudo, y una joven de aspecto virginal hacían el “sesenta y nueve”, la toma mostraba primero una lengua como la de los camaleones, entra y sale, buscando su camino, y luego una sensual boca ávida de tragarse entera una presa demasiado grande para ella. El Roxy en estos tiempos sólo pasa cintas pornográficas, pero yo no voy por eso, voy a dormir, y ya me había premiado con unas cinco horas de sueño reponedor. La escena sobre la pantalla logró excitarme, pero me sentí asqueado al advertir que poco más allá de mi asiento, en la misma fila, dos tipos —un vejete y un joven— se masturbaban el uno al otro frenéticamente. Salir a la noche, me dije, y me levanté de la butaca.

Llegué cansado a la Mansión de Baco, y por suerte encontré una mesa ocupada por dos antiguos amigos en la que sobraba un lugar como si estuviera esperándome. Me senté con ellos. A Humberto Nessim lo conocía desde hacía décadas, era violinista. Entramos el mismo año al Conservatorio y participamos en muchas actividades juntos, sobre todo en la época de la reforma universitaria, y más tarde en el cumplimiento de muchas tareas que surgieron para la defensa del gobierno de la Unidad Popular, que duró tan solo mil días. A mediados de los 60 llegó a tocar el Concierto de Brahms, con la Sinfónica, cuando la dirigía Victor Tevah. Ahora estaba jubilado y era un bebedor empedernido. Ramiro, más joven, había llegado

poco antes de México, donde se exilió tras el golpe militar, y algo tenía que ver con el teatro, aunque no era precisamente actor. Los dos colaboraban felices de la vida con la volcánica humareda que invadía el local. Bebían cerveza. Como soy anticervecerero ordené una jarra de tinto y un sándwich de arrollado. Me sumé a las entusiastas manifestaciones de alegría por el reciente triunfo del NO en el plebiscito, por fin las cosas iban a cambiar, para eso más de la mitad de los chilenos habían peleado duro y por todos los medios. Una hora más tarde aterrizábamos en el tema de cómo influye el azar en la vida de uno. ¿Por qué algunos tendrán suerte y otros no? ¿Es la vida misma un azar? Acaso hasta la existencia de nuestro planeta sea el resultado del azar. Renato dijo en cierta ocasión que un aerolito caería no sé cuándo sobre la tierra y que todo iba a desaparecer como cuando estalla una pompa de jabón, no quedaría ninguna señal de nada, igual que si nunca hubiéramos existido. Y esto no lo decía algún astrólogo charlatán, sino científicos serios. Recordé que durante un descanso de la orquesta, cuando Humberto había ganado la plaza de primer violín, pienso que con mucha suerte, mientras los músicos estiraban las piernas en el foyer del Municipal, se desprendió del techo una lámpara de muchas lágrimas y aterrizó sobre la silla de Humberto, haciéndola añicos junto con su instrumento. Si la “araña” se hubiese adelantado cinco minutos, o retardado diez, mi amigo no hubiera contado el cuento porque sus sesos, sus intestinos, su sangre se habrían desparramado por todo el foso. Milagro. Y otro milagro: la Ilustre Municipalidad hubo de reponerle el violín, y lo premió con uno muchas veces superior al que había perdido. El azar. Y más o menos por esos mismos días tuve la mala ocurrencia de defender a un perro callejero al que un sujeto agarró a patadas al interior de la Plaza Almagro. Después de sacarnos mutuamente las reputísimas madres, mostrarnos los dientes entre rugidos, gritarnos lo miserable que cada uno era, nos trezamos en un pugilato que nos hizo rodar por el suelo. El perro nos miraba con curiosidad, el otro tipo quedó algo averiado y jadeante, pero yo perdí para siempre la movilidad de uno de mis dedos. Esa tarde se fue a la mierda mi carrera de violinis-

ta y mi sueño mayor quedó como un globo desinflado. El azar. Sin embargo, no quise entrar en un tema demasiado doloroso, y entonces, ya desinhibido por el vino, me atreví a hablar de mis aventuras en el Casino de Viña desde la primera vez que acudí hasta la noche del irónico y ridículo desenlace, tema que yo prefería siempre relegar al olvido, sobre todo por los efectos que tuvo en mi relación con la Flaca.

Mi amigo Renato me consiguió con su papá los cien mil pesos que yo necesitaba para arreglar el auto, empecé a contarles, de manera que un día, terminando el almuerzo, eché una muda de ropa y un libro en el maletín, me despedí besándole cada pezón a Cecilia a través de su polera, y partí al terminal de autobuses. A las seis de la tarde me registraba en el hotelito de siempre, en Valparaíso. Quería estar muy calmado, hacer las cosas como sin urgencia, por lo cual me di una larga ducha, me cambié camisa, y tardé un siglo en ajustar como se debe el nudo de la corbata “casinera”. Finalmente salí a enfrentar un atardecer bastante helado para dirigirme al Farolito, de Plaza Victoria, dispuesto a ordenar un plato de congrio frito con puré picante y una jarra de vino blanco. En el camino compré un diario de la tarde. Actuaba con toda calma, debía estar sereno y frío cuando fuera depositando mis fichas sobre el paño de la ruleta. El congrio me pareció perfecto, el vino, apenas pasable. Pero leyendo las noticias consumí casi toda la jarra, lo que fue un error porque salí del restorán medio mareado para tomar el autobús a Viña.

Me paseaba con lentitud por todo el salón de juego, les conté a mis amigos, me detenía en cada mesa y observaba durante algunos minutos los movimientos del crupier, fijándome especialmente en cada número ganador y estudiando a las personas que ganaban. En una mesa me quedé pegado, me gustó, y en cuanto se desocupó un color, pedí fichas por los cien mil pesos que llevaba. Empecé a jugar lleno de optimismo y seguridad, empleando el mismo sistema que tantas veces me hizo ganar. En veinte minutos había perdido todo, sin apuntarle siquiera una vez a un número. Sentí que se me apre-

taban las tripas y empecé a transpirar a chorros, confuso, tratando de entender lo que había pasado, todas las fichas, ni una sola me quedaba como para empezar de nuevo. Tenía apenas el dinero para movilizarme y pagar el hotel.

—¿Y qué hiciste, huevón? —preguntó Humberto.

—La seguí cagando —mi humor se estaba tornando lúgubre—, cambié los quince mil pesos que me costaba el hotel y volví a jugar, en otra mesa, pero fue lo mismo, ni una sola vez le vi el ojo a la papa. Ahora sí que estaba bien: el auto hecho mierda, cien mil pesos de deuda, y sin un cobre para pagar el hotel. Por suerte lo último no resultó problema, me conocían y aceptaron las excusas. Desde Santiago les mandarían un giro, prometí.

—¿Y cumpliste la promesa?

—No.

—Es que la suerte, huevón, es una huevía que no se puede entender —dijo Ramiro—, por qué unos sí y otros no, huevón, esa es la huevía, uno pierde y otro gana, ¿pero por qué huevón?

—De una cosa estoy seguro —dijo Humberto—: para ganar en el juego no hay que andar necesitado, y tú estabas como palo de gallinero, huevón.

—¿Como qué?

—Palo de gallinero, o sea, cagado, huevón, cachai, cagado como palo de gallinero, esa es la huevía.

No les conté a mis compañeros que aquella noche no pude pegar las pestañas. Echado sobre la cama sin sacarme la ropa, pasé horas dándole vueltas y vueltas a todo el asunto, diciéndome que cómo podía ser tan pelotudo, temeroso de lo que fuera a decirme la Flaca, con miedo y vergüenza, de seguro con la expresión de derrota que los fracasados deben lucir en la mirada.

Me dieron ganas de orinar y me levanté para encaminarme a los sanitarios. Antes de llegar al pasillo del fondo, me detuve ante una mesa donde Ernest conversaba alegremente con una muchacha. Le

explicaba cómo había logrado apuntarle el tiro de gracia a un enorme búfalo en las reservas de Serengeti, cerca del volcán Kilimanjaro, nieves eternas, actuaba el viejo seductor.

—Hola Hem —le dije.

Me miró con cierta hostilidad, sin intenciones de invitarme a tomar asiento. Pero yo igual me senté.

—No quiero interrumpirlos —le dije—, pero tengo que decirte Hem que hace poco estuve con Bukowski, quien aseguró que podía sacarte la mierda donde quisieras y a cualquier hora.

—Al campeón solo se le gana por nocaut —dijo él con una mueca de desagrado. Ya quiso hacerlo una vez el tipo ese que escribió “El hombre del brazo de oro”, nada de malo, un tal Algren. Le dije lo mismo: solo por nocaut.

—Buk dijo que te sacaría la mierda y ¿sabes qué? Pienso que tiene razón. ¿Y sabes por qué? Porque eres arrogante, un pobre y triste huevón que se las da de...

No alcancé a terminar la frase cuando el toro bufante se me vino encima como una aplanadora y descargó su furia en mi cuerpo averiado.

Humberto y Ramiro me llevaron a la Posta, donde me aplicaron las curaciones del caso mientras volvía a atacarme la desesperación que como un dardo envenenado me lanzaba el recuerdo de las circunstancias en que a los veinte años perdí la movilidad de mi dedo y se derrumbó mi sueño de convertirme en un gran violinista, cautivar al mundo con el poder de mis notas, hacer temblar los corazones de hombres y mujeres que escucharan los latidos de mi corazón al transmitir como un mago lo que habían generado las almas de tanto genio musical. Caí en un estado que no había conocido antes —era muy pequeño para el accidente en que murieron mis padres y más tarde, al conocer las circunstancias, mi dolor fue más teórico que visceral—, un desánimo físico y mental que me paralizaba por completo. Dejé de bañarme en las mañanas, perdí el apetito y fui bajando de peso hasta parecer un vagabundo famélico, un pelele desaseado

y sin brillo, de los que aplanando calles concurridas estiran la mano frente a un prójimo esperando el beneficio de una moneda, un espantapájaros. Cada noche escuchaba varias veces seguidas alguno de los grandes conciertos y lloraba, me daba vueltas en la cama sollozando ante las potentes melodías de Mozart y Brahms y Paganini y Tchaikovski y Mendelsohn y Wieniavsky y Saint Sainz y Max Bruch, el *adagio*, los acordes del *allegro*, que había llegado a interpretar con cierta perfección, me desesperaba tanto escuchando lo que ya nunca podría tocar, que empecé a pensar en pegarme un tiro o en tragarme una dosis suficiente de barbitúricos o hasta en atar a mi cuello una soga. Pero descubrí el pisco y lo usé como medicina, fui noche a noche subiendo la dosis hasta que de pronto dejé de pensar, de masoquearme con la ferocidad de mi desgracia. Al poco tiempo me bastaba media botella para dormir sin convulsiones ni pesadillas ni percepciones del infierno, y para despertar con un desánimo que no alcanzaba a conducirme por perversas intenciones suicidas. Mi vida iba a ser otra, concluí, y eso finalmente no era tan grave, había cosas peores, debería buscar la música por caminos distintos. Entonces mi ánimo empezó a recuperar cierta serenidad y me puso de nuevo la vida por delante. Me puso también a Maribel por delante.

Al cabo de un par de horas el médico de turno me dio el alta y una enfermera me ayudó a ponerme en pié.

Al despertar me sentí bastante atontado y vi difusa la escena entre el marinero y la pequeña prostituta del óleo frente a mi cabecera. Cerré los ojos. Quizás debido a los tragos que engullí en la Mansión de Baco o bien por el efecto de los analgésicos que de seguro me inyectaron en la Posta, percibí un olorcito ajeno a mi pequeño hábitat y supe que alguien más estaba ahí. Abrí nuevamente de a poco los ojos como para no llevarme de sopetón una sorpresa mayúscula. Era Norma, la más joven de las enanas, por no decir la menos vieja. Sentada a los pies de mi cama me miraba castigadora, con aire de verdugo, y olía a un perfume barato, no el habitual en ella.

—Te trajeron en la madrugada tus amigotes en calidad de bulto —dijo con esa voz de cacatúa que tiene.

—Estoy machucado, me duele todo —me quejé.

—¿Y qué querías, huevón? Te sacaron cresta y media. Quitate la polera, te voy a dar un buen masaje.

—Tus manitos no sirven para dar masajes.

—Antes no decías eso cuando te los daba.

—No eran exactamente masajes lo que me dabas.

—Quítatela y te volteas, voy a buscar una crema.

Hace algunos años, tres o cuatro, el tiempo se me va perdiendo, pero bueno, en una de mis empedernidas vagancias por los bajos fondos de la ciudad en busca de quién sabe qué, arrastraba las patas por la inhóspita calle Bulnes en dirección a Mapocho, cuando mis ojos escrutadores se fijaron en dos enanitas que conversaban risueñas, sentadas en los peldaños de entrada a una casona vieja y fea. La pelirroja tenía los labios muy pintados y entre ellos sujetaba un cigarrillo sin encender. Caminé despacio para observarlas mejor sin que se dieran cuenta, suelen ser muy susceptibles, y al pasar frente a ellas, la del cigarrillo me detuvo.

—¿No tendrá fuego que me convide? —dijo con una voz como de dibujos animados, levantándose del peldaño. Me llegaba a la cintura. Me palpé los bolsillos y como un prestidigitador profesional hice aparecer una cajita de fósforos. Encendí uno y agachándome levemente, lo acerqué a su boca. La enana aspiró y luego sopló el humo tosiendo. Gracias —dijo a duras penas—, me llamo Norma. Y ella es mi hermana Patricia, le decimos Pati.

—Mucho gusto Norma, hola Pati —respondí con una sonrisa gentil y piadosa para las dos.

—¿No quiere pasar a servirse algo... una copita? Tenemos ron y pisco.

Era justo lo que siempre a esa hora del atardecer me pide el cuerpo, y ese día andaba “pato”, completamente planchado, de manera que la invitación me pareció un milagro. Con una venia versallesca respondí que lo haría con mucho gusto, solo un momento, no podía rechazar tamaña gentileza. Pati abrió la puerta y nos enfrentamos a una escalera recta y empinada. Subimos al segundo piso, donde el vestíbulo alfombrado se estrechaba en una alargada galería que por las ventanas de la izquierda miraba a un patio de luz, y por la derecha daba a las puertas que parecían habitaciones de una casa de pensión, en eso se habían convertido las señoriales mansiones decimonónicas de esta ciudad. Pero no era una pensión tradicional, era un

prostíbulo. Por una de esas puertas entramos a un mundo distinto, a una sala grande probablemente inspirada en alguna película gótica, donde en cualquier momento podría sorprendernos un aullido del hombre-lobo. Pati fue a un antiguo y barroco armario arrimado contra la pared frente a los sillones de felpa y volvió con una celestial botella de ron entre sus manitos imperfectas, mientras Norma me acercaba una licorera rodante que ofrecía diversos vasos rústicos de vidrio verde con un gallo en relieve. Dejé que ellas sirvieran y luego brindamos.

—Siéntese... Sentémonos —dijo Pati, la de cabello oscuro, un poco más alta que Norma, la colorina fumadora. Más cabezona también.

—A la salud de ustedes —dije chocando vasos con cada una—, por este milagroso encuentro. Las enanas rieron, sí, sí, por este milagroso encuentro, repetían. Y propongo que bebamos la primera copa hasta el fondo, es decir, al seco, uy, uy, nos podemos curar, verdad hermana, qué le hace el agua al pescado, al seco, mierda, que no hay mal que por bien no venga, y el segundo trago más despacio, eh, no lo apresures, no temas ir despacio, dijo una, solo teme no avanzar, respondió automáticamente la otra. Que eran del sur, se me ocurrió, sí, sí, de Chiloé, cómo supiste, me tincó, vivíamos en Chonchi pero nos fuimos a Castro con una tía, y de Castro a Ancud, buscando el futuro más cerca del continente, y Puerto Montt, y Valdivia, Temuco, Chillán, hasta la meta, el gran Santiago.

Después del tercer ron, la enana Pati dijo que tenía que emperifollarse para atender a un cliente y salió de la sala. Norma me lanzó una mirada como taladro, quería saber lo que expresaban mis tripas, mi colon, mi vesícula, el corazón.

—No creas que me las doy de pitonisa —dijo—, lo que pasa es que observo atenta a la gente y así aprendo muchas cosas. Estuviste casado, o al menos emparejado, pero ahora estás solo, la sigues esperando, aunque piensas, o sabes, que ella no va a volver, y te sientes un tanto ajeno al mundo, buscas algo, no sabes bien qué, tu destino

se torció en algún momento y rompió tus ilusiones, tienes inclinación por el trago y te gusta el juego, pero se acabó el dinero, solo para trago te alcanza... Otra cosa, por un rato largo no has tenido mujer, necesitas desfogarte, cada cierto tiempo es preciso, si no los hombres se amargan. Yo te voy a dejar vacío Rodrigo, apaguemos esta luz, tú no hagas nada, quédate así, tranquilito, quieto como una estatua, déjame todo a mí, no te vas a arrepentir, además, no te voy a cobrar, me caes bien y tienes buen cuero, deseo ayudarte.

Yo no podía creerlo, las cuatro enanas eran putas, estas dos hermanitas y otras dos que reclutaron en San Fernando se habían instalado en la casona de Bulnes y a pesar de ser enanas y viejas para ejercer una profesión diseñada para mujeres jóvenes y hermosas, les iba hartó bien, tenían clientela fija, incluso algunos palotes de las altas esferas, putamadre, en el mundo hay de todo y para todo. Bueno, la Norma quería ayudarme, dijo. Y yo me dejé. Me entregué por completo a sus depravadas prácticas.

Como en esos momentos llevaba cuatro meses sin pagar el alquiler de mi cabaña (que se empezó a deteriorar al galope desde el día mismo en que me dejó la Flaca Cecilia), y la señora Mafalda me había dado el ultimátum, tenía que buscar dónde irme, ella lo lamentaba, la señora Mafalda, porque me estimaba mucho, pero le hacía falta el dinero de la renta, no podía seguir así, de manera que cuando el clinch erótico con la enana aflojó, se me encendió la ampolleta y le pregunté a boca de jarro si en ese caserón no tenían por casualidad alguna pieza para arrendar. A Norma le brillaron los ojos, y sus labios dibujaron un sutil gesto de triunfo. Para mí fue como si hubiera encontrado trabajo después de mucho buscar.

A pesar del mediocre frotamiento con crema que aplicó Norma a mis partes adoloridas, me sentí algo más relajado, igual que después de un largo baño de tina bien caliente, aunque no tanto como para levantarme y partir a mis andanzas cotidianas.

—¿Te vas a levantar?

Negué con la cabeza.

—Es mejor. Pero no te duermas, en un rato te traigo un plato de cazuela.

—Antes pásame una botella de pisco, por favor, y una coca. Tengo mucha sed y me tiemblan las manos.

Norma salió de la pieza, encendí mi pequeña radio a pilas —*J'attendrai, le jour et la nuit j'attendrai toujours*—... cantaba Charles Trenet—, miré el cuadro, le hice un guiño al marinero, cerré los ojos y me fui sumiendo en un sopor alegre que se me produce cuando intento hablar conmigo mismo y la memoria viaja hacia momentos felices del pasado.

Era una callecita llamada Los Cipreses donde vivíamos, en la ciudad de Valdivia —mucho árbol, mucha flor, aromas vegetales después de la lluvia—, y yo caminaba de regreso a casa desde el correo, la tía Carmen me había mandado a buscar la correspondencia a nuestra casilla postal. Tenía prisa por llegar porque una de las cartas era para mí, desde la ciudad de México, y el tío Manuel siempre me contaba cosas divertidas que le pasaban, como cuando esperando el clic de la fotografía dio un paso de más hacia atrás y cayó al agua desde la chalupa “Carmelita”, en los jardines flotantes de Xochimilco. Me gustaba leerlas encerrado en mi pieza, fumando un cigarrillo a escondidas. La aventura que esa tarde trajo la carta me dejó temblando de emoción, ansias, grandes ambiciones, sueños de grandeza, de quién sabe qué, y la leí tantas veces aquella carta que sus palabras se grabaron a fuego lento y aún las retiene mi memoria, que ya se va poniendo gelatinosa, como que a ratos no recuerdo si estoy pensando, soñando o hablando. *Y ahora, querido sobrino, te voy a contar una cosa extraordinaria e increíble, que si no te caes de poto, será porque eres un muchacho fuerte para resistir las emociones. El domingo andaba solo, vagando por la Lagunilla, el “mercado de las pulgas”, ya te he contado, donde puedes encontrar desde un condón usado hasta un piano Steinway. De pronto me fijé en un violín muy lindo, rojizo, con aspecto de antiguo en una caja muy vieja, y me acordé*

de ti, de los primeros chirridos que me producían tiritones cuando empezaste a estudiar, de las melodías que ya has ido aprendiendo, como esa de Dvorak que me gusta tanto, ¿cómo se llama? El violín tiene arco, puente, cuerdas, de todo, sólo le falta el aparatito que sostiene las cuerdas abajo. Lo miré bien por dentro y por fuera, y luego pregunté el precio. Yo pensaba en lo lindo que sería ese violín para ti, porque... Bueno. El tipo me dijo ciento veinte pesos mexicanos, discutimos como es la costumbre por acá y quedamos en noventa, lo que de todas formas es una suma bastante fuerte para mí, que nunca había comprado algo de tanto precio en La Lagunilla. Pero en fin, me dije que ese instrumento valía cualquier sacrificio, porque... Bueno, mirando por la ranurita del violín había visto yo una etiqueta antigua pegada en el fondo, impresa en tipos antiguos y en un papel amarillento que dice:

ANTONIUS STRADIVARIUS, CREMONA
FACIEBAT ANNO DE 1728

¿Te das cuenta de lo que eso significa? Medio vuelto loco por dentro, pero muy sereno por fuera, compré el violín como si comprara un kilo de pan y heme aquí dueño de un Stradivarius, que como sabes, son los mejores violines del mundo. Inmediatamente me fui a consultar diccionarios y leer cosas sobre Stradivarius. Resulta que este hombre vivió de 1666 a 1737, es decir que todo coincide. De los amigos que han visto el violín, Xavier cree que puede ser auténtico, mientras César, pesimista, piensa que se trata de la broma de un imbécil que abrió el violín, consiguió papel del siglo 18 y una imprenta con tipos antiguos e hizo toda la majamama. No sabes cómo estoy de excitado con este asunto, porque si en verdad es un Stradivarius, no valdrá nunca menos de veinte mil dólares. Pero supongamos que solo sea una copia o en fin, una falsificación: nadie puede falsificar un Stradivarius con un violín de veinte pesos, ¿no te parece? O sea, tiene que ser de todas formas un violín estupendo. Es como si un mal pintor pudiera falsificar un Rubens. Un Rubens falsificado por lo menos tiene que ser un buen cuadro. En fin, ya veremos. Lo haré examinar por entendidos. Tengo el violín desde antayer, lo miro cada media hora y hasta me dan ganas de dormir con él... Y me

contaba el tío Manuel que casi todos los Stradivarius del mundo han sido encontrados en forma rara. Por los años 40 un músico pobre, de esos que tocan en bares de mala muerte por las noches, llegó una mañana a desayunar en una fuente de soda del Bowery, su barrio. Le dio un síncope y quedó ahí muerto. Se descubrió que su violín era un Stradivarius, y el pobre infeliz había pasado veinte años hambriento. Y otro Stradivarius perteneció a un viejito que tocaba en la puerta de una iglesia a cambio de algunas monedas que le aportaban los feligreses. Tú sabes—terminaba su carta el tío— que los violinistas de primera en el mundo, Como Heifetz, Menuhin, Kryslar, tienen su Stradivarius y estos llegan a pagarse a más de cincuenta mil dólares. Bueno, sobrino querido, es muy posible que seamos ricos, pero es mejor no hacerse muchas ilusiones todavía... Ya veremos más adelante, ¿qué piezas estás ensayando ahora?

Heifetz, Menuhin, la gloria misma, yo quería ser como ellos. Quedé con taquicardia al terminar de leer, y desenfundé mi violín para tocar esa pieza por la que preguntaba mi tío, *Humoresque*, de Dvorak. Yo sé por qué le gustaba tanto. En el cine Olimpia vimos una tarde la película *De amor también se muere*, en la que John Garfield es violinista y se enamora de él una dama mayor, Joan Crawford, y la pieza que hace de leit motif para recordarnos las peripecias dramáticas es justamente ésa. Mi tío era de los que no se perdía película de John Garfield y creo que la que más le gustaba era *El cartero llama dos veces*, en la que jamás aparece ningún cartero, pero a Lana Turner dan ganas de comérsela viva. Toqué *Humoresque* sintiéndome como el violinista que ya ha conquistado el mundo y pisa las nubes, aunque haya tenido que renunciar al amor y a otras cosas buenas que ofrece la vida, y tratando también de imaginar el sonido celestial que deben producir los violines fabricados por el genio de Stradivarius.

Et pourtant, j'attendrai ton retour terminaba Trenet esa melancólica canción que parecía francesa mientras yo me iba poco a poco durmiendo con el recuerdo dulce del momento en que la tía Carmen entró a mi pieza y me dijo que estaba tocando muy bien, que sería un

genio del violín. Yo le pasé la carta del tío Manuel y cuando terminó de leerla le dije que al menos ya tenía algo de los grandes, no lo más importante, pero algo: el Stradivarius.

—¿Y qué pasó al final con el violín? —me pregunta Norma, que ha vuelto a mi habitación con un plato de cazuela y espera a que me despercudada, sentada a los pies de la cama con sus piernecitas colgando.

—¿Violín? ¿Qué violín?

—El de México, el tío Manuel...

—Ah, el Stradivarius. Te lo cuento después, que se me va a enfriar la sopa. ¿Contárselo todo, para qué? Había cosas que ella no podía entender...

Los dos días de reposo otorgaron a mis huesos un poco de bienestar, aunque es preciso reconocer que las tres botellas de pisco que le bolseé a Norma (en realidad se las pedí prestadas, pero como no pienso devolverlas, puede decirse que se las bolseé) me tornaron más agresivo de la cuenta y en un momento desafortunado le grité tres o cuatro frescas a la enana Pati cuando entró a mi pieza como un domador de tigres, látigo en mano, y empezó a reprocharme el hecho de que yo de su hermana me aprovechaba como un cafiche cualquiera, sacándole partido al cariño que ella me brindaba, porque sí que me quería de veras, se le notaba a la legua y se lo había confesado también, mientras el huevón (yo) se dejaba querer sin retribuir ni los sentimientos, ni el sexo, ni el afecto, ¡cómo se podía ser así de maricón! Su tono autoritario y seco me sacó los choros del canasto porque se parecía mucho al que empezó a usar Maribel cuando antes del segundo año de matrimonio se le apagó la calentura y le dio por hincharme las pelotas veinticuatro horas al día, un tono prepotente, como ilustrando “la diferencia que hay de patrón a inquilino”. Maldición, me decía a mi mismo a cada rato, qué mierda fui a hacer,

cómo puede alguien ser tan pelotudo, y en verdad no recuerdo bien a cuanto tiempo de casarme me asaltó como una peste la desesperación por haber dado un paso que en el fondo de mi corazón no hubiera querido dar, pero sospecho que fue a los pocos días, ni seis meses cumplíamos cuando la sed sexual por ella se había extinguido y aún me quedaba toda una vida por delante, Dios santo, hasta que la muerte nos separara, qué clase de pendejo era yo para andar siempre metiéndome entre las patas de los caballos, para haberme ligado en este caso con una fiera cuyo único objetivo, los primeros meses, parecía ser tirar, tirar, que el mundo se va a acabar, matiné, vermoutheo y noche, lo que fuera, métemelo, cabálgame como un jinete negro loco por ganar la carrera, chupa mis pezones igual que un bebé hambriento, explotadora, despiadada, se había adjudicado un esclavo para satisfacer sus vicios, manteniéndolo encerrado sin una sola posibilidad de movimiento, en su casa, o en un barco, en el camarote de un enorme barco blanco que navega desde Hong Kong a Marsella, atravesando el sureste de Asia, internándose en el alargado y siniestro Mar Rojo, cruzando el Mediterráneo, atrapado sin salida, solo cumple con tu obligación, maldito, alimenta a la araña insaciable. Entonces le mandé a la enana Pati una sarta de garabatos que pusieron en peligro mi estabilidad, porque ante el aguacero de chuchadas, enrabiada hasta la horripilancia, me ordenó que hiciera mis maletas y me mandara cambiar, no más parásitos, ya estaba bueno, cafiolo de mierda, aprovechando el cariño legítimo de su hermanita a la que ni siquiera le daba lo que se merecía, huevón malagradecido. Putamadre, me dije, para cagarla yo no tenía límites, estaba a punto de perder la pega, no me quedaba más que agachar el moño, ganarme el favor y la complicidad de Norma, darle lo que me pidiera, cualquier cosa, ¡pero irme, no! ¿Irme, adónde? Me quedaría ahí mismo, entre esas cuatro paredes, prisionero aunque libre, igual que cuando a bordo del *pacquebot* Vietnam, de *Messageries Maritimes*, navegando por el sureste de Asia, a pesar de no tener más escapatoria que la de saltar al océano, podía al mismo tiempo perderme a Maribel sin que ella lograra dar conmigo en muchas horas, y me

vanaglorio de que en una ocasión hasta por una noche entera me ausenté, lo cual le provocó una bronca que duró los días de navegación entre Bombay y Djibuti, puerto africano en pleno Mar Rojo. Yo había bajado hasta la tercera clase para una mesa de póker con tres compañeros de viaje: Jacques, un francés que retornaba a París tras dos años estudiando literatura china en la universidad de Pekín, Filipino, napolitano un poco mayor que acababa de visitar a sus abuelos en el puerto japonés de Yokohama, y un gringo de Kansas City que viajaba en segunda clase, como nosotros, y fue quien me invitó al juego. Apoyados ambos en una baranda de estribor, él fumaba un puro habano y yo miraba el mar, el horizonte, sumido en lúgubres pensamientos.

—¿Sabes jugar póker? —me preguntó a secas.

—Sí —dije. Con Renato y otros amigos solíamos jugar en la casa del pianista Oscar Levant (creo que ése era su nombre), que manejaba los dedos como un mago, tanto en el piano como en los naipes.

—¿De dónde eres?

—De Chile.

—Ah, Sudamérica... Tengo un primo que vive en Brasil, a lo mejor lo conoces.

Lo miré con curiosidad y estuve a punto de preguntar por el nombre de su primo, pero me arrepentí, el gringo no tenía cara de ser muy aficionado a las bromas.

—¿Por qué lo del póker? —pregunté en cambio.

—Es que un muchacho francés que viaja en tercera me invitó a integrar una mesa después de la cena y dijo que faltaba otra persona, ¿quieres venir?

Yo había tenido suerte las veces que jugué y el póker me parecía un juego bastante cautivador, de manera que dije sí con verdadero entusiasmo. Me aburría estar todo el día pegado a Maribel como si se tratara de mi hermana siamesa, ya fuera flotando de espaldas en la piscina, o en el comedor al acecho de una espléndida langos-

ta, o en la sala de películas escuchando los aires romanticones de Bing Crosby, casi tan bueno como Sinatra, o en las sillas de cubierta leyendo revistas livianas y novelas policiales de Simenon, un as del género, o bien en el bar observando a Claude preparar exóticos cocteles que por supuesto probábamos con afán y curiosidad, o por último en el camarote desnudándonos amorosamente para lo que nos pudiera deparar el destino. ¿Amorosamente?

Yo sabía que después de algunas copas de un sabroso vino francés y de los dos o tres *Singapur gin slings* en el bar de Claude —iguales a los que una tarde nos ofreció el Cónsul Adriazola— a Maribel se le dejaría caer el sueño con la fuerza de un alud, de manera que insistí en que nos retiráramos y una vez en el camarote, cuando ella estaba metida en su litera, volví a salir diciendo que iría a conversar con unos pasajeros en el bar. Salí a cubierta, las estrellas brillaban con intensidad y una brisa cálida reconfortaba la piel, busqué las escaleras hacia la popa de la nave y bajé a los dominios de la tercera clase, otra cosa. Jacques me pareció un tipo agradable, correcto y medido en lo que decía y actuaba. En China Popular estaban pasando cosas interesantes —contó— y a pesar de las muchas durezas que enfrentaba, el país se movía aceleradamente hacia adelante y Mao se había convertido en una figura casi sagrada, estaba logrando unificar a China, diéramonos cuenta, un país con cincuenta y dos nacionalidades, un continente. Narraba sus experiencias en la campaña contra los gorriones, sus visitas a las comunas populares del campo. Jugaba con prudencia y de pronto ganaba una vuelta. Filippo parecía más misterioso, miraba de frente, era de esos tipos que no se ganan a la primera la confianza del prójimo. El gringo cincuentón resultó un personaje burdo y carente de atractivo. Me pareció bastante estúpido, no sólo por lo que decía, sino por su manera de jugar.

Jugamos póker sin adornos ni comodines, la baraja cortada al cinco, siempre con apuestas bajas. Al cabo de unas tres horas yo había ganado varias vueltas y mi pozo crecía a ritmo seguro, como que calculé que llevaba unos ciento veinte dólares de ganancia. Otro

que ganaba era Filippo, el italiano. Con él tuve varios encuentros, los otros se iban al plato y quedábamos él y yo, subiendo la apuesta. Algunas veces ganó él, otras yo, en una ocasión con un full de ases y sietes, y en otra sin juego, intentando un *bluff* que terminó por asustar a Nápoles. Pero como ha ocurrido siempre en mi vida, en el sentido de que tras haberlo tenido todo, todo lo pierdo, cuando ya casi no dábamos más de sueño (despuntaba la mañana), en el duelo más dramático que me haya tocado jugar, perdí cuanto había ganado y además el pequeño capital que le saqué a Maribel de su bolso. Quedamos solo Filippo y yo a la final, los otros dos, al plato. Yo tenía cuatro ases de mano y pedí una carta para hacer creer que tenía dos pares. No podía perder. El no pidió cartas y por una sonrisita oculta que le sorprendí, supuse que el pobre ingenuo iba a blufear. Tu dólar y otro más, tus dos y uno más, y así nos fuimos hasta que se juntó un buen cerro de dólares. Cuando no me quedaba capital para seguir subiendo, cedí.

—Bien, te veo —dije.

Filippo me miró como con lástima, dibujó una sonrisa cinematográfica como de George Raft en los casinos de la Habana y lentamente extendió sus cartas sobre la mesa. Se me enfrió la transpiración y el corazón me dio de golpes. ¡No podía ser! Tampoco Jacques ni el gringo daban crédito a sus ojos: la escala real perfecta, colorada, mayor, ocho, nueve, diez, jaco y dama. ¡De mano! Después Nápoles retiró los billetes y los depositó sin ordenarlos en su morral. Nunca me pude convencer ciento por ciento de que el italiano no hubiera hecho trampa.

Cuando entré al camarote, Maribel estaba vestida, lista para ir a desayunar.

—¿Dónde andabas? —preguntó.

—Bajé a tercera clase, a una mesa de póker.

—¿Ganaste?

—No.

–Idiota...

Al menos el castigo de mi esposa fue breve y nunca tan severo como el que años después me aplicó la Flaca Cecilia cuando volví de Viña con la cola entre las piernas y le conté mi nefasta experiencia en el alevoso juego de la ruleta. No fue la única vez que le hice a Maribel una escapada nocturna. Mucho más fea fue mi perrada cuando me enredé con Susy Wong.

¿Por qué viajábamos a bordo del Vietnam en una travesía que tardaba más de un mes? Resulta que el viejo sueño de Maribel se vio frustrado, ya que de lo que ella llamaba la China milenaria no pudimos conocer sino la colonia inglesa de Hong Kong ya que ingresar al territorio de la República Popular resultaba casi imposible en tiempos de Mao, no a cualquiera le otorgaban visa. En Hong Kong nos quedaríamos apenas una semana, ¿para qué más? decía ella. Y el mes que habíamos planificado para recorrer Cantón, Shangai, Hangchow y Beijing, que entonces se llamaba Pekín, lo usaríamos en una larga navegación hasta Marsella, tocando los principales puertos del sudeste asiático.

En todo caso Hong Kong me encantó, es una ciudad vital, caótica, caminar sus calles animadas por una deslumbrante algarabía de letreros y colores que se entrecruzan de una acera a otra, igual que el ramaje de los plátanos orientales en algunas avenidas de Santiago, tranvías de dos pisos como los buses de Londres, mercados callejeros también, rebosantes de verduras, frutas, mariscos, especias orientales, lo que uno pueda imaginar, mientras las multitudes deambulan como hormigas que van tras una presa para el invierno, y los *marines* de la séptima flota se divierten y los tiradores de rickshaw acosan al turista ofreciéndole el oro y el moro, que anillos *imitation diamond*, que sastrerías capaces de confeccionar un traje en *only ten hours*, que niñas vírgenes de doce años, *want girl?* y también varoncitos de doce, *want boy?*, para todos los gustos, restaurantes flotantes en la bahía, desde los cuales era portentoso contemplar el perfil de la ciudad al atardecer, con sus racimos de gigantescas torres bajo un cielo

desde el naranja al púrpura y va cayendo la noche sobre la parada del ferry que cruza a Kowloon, la parte continental de la colonia, donde esperan con tranquilidad muchachas trabajadoras en trajes-pijama de algodón y el cabello cayendo nunca abajo en cola de caballo, masticando chicle o semillitas de melón, y otras más preciosas en esos *cheongsam* de cuello alto y falda rajada en el costado dejando un muslo al descubierto, lindas eurásicas que caminan con la suavidad de una gacela. De ese mundo provenía Susy Wong.

Me deslumbró su imagen la segunda tarde de navegación, mientras tomaba alguna bebida refrescante en una de las terrazas de cubierta. Le calculé unos veinte años, su rostro redondo y suave, pómulos un poco anchos, vestía jeans hasta la rodilla y una polera verde, las uñas pintadas de rojo. Si bien no era una de esas típicas bellezas orientales, sus movimientos, la sonrisa, su modo de llevarse la copa a los labios, la convertían en una campeona absoluta de la gracia. Desde ese momento mis ojos la anduvieron buscando siempre, en cualquier parte del barco donde pudiera encontrarse. Hasta que la cuarta mañana me levanté temprano, salí a cubierta para mirar cómo zarpábamos del puerto de Singapur y la vi contemplando eso mismo junto a una mujer mayor, de aspecto occidental, regordeta, que tras dirigirme una sonriente venia, optó por presentarse, soy Mildred, dijo, y se retiró. La muchacha tenía los brazos apoyados en la baranda que miraba hacia el nacimiento del día, en el piso de los camarotes de segunda clase, y en voz muy baja, cristalina, tarareaba una melodía conocida. Me instalé a un metro de ella y sacando valor de no sé dónde me atreví a decirle *ni hao*, como me enseñó el cónsul Adiazola que se saludan los chinos. *Ni hao ma*, respondió Susy. En el inglés desastroso que aprendí en los años de liceo, le pregunté si hablaba inglés. Dijo que sólo un poquito, y empezamos a hablar con palabras mal pronunciadas, con gestos y risas, como se pudiera. *For you*, le dije entregándole una pequeña figura tallada en jade que compré para ella en un bazar mientras paseaba con Maribel por el centro de Singapur. Mi esposa se hallaba embebida en las sedas y yo adquirí esa ranita verde. *Why?*, preguntó mirándome fugazmente

con bastante sorpresa. *For you*, insistí, no sabía qué más decirle. Ella la recibió con una mano que parecía una obra de arte. *I buy for you in Singapur*, seguí. *Xie xie ni*, agradeció con una sonrisa que me pareció un tanto avergonzada, *you American?* Por lo visto no se había percatado de lo mal que me expresaba en inglés. *No, from Chile, Sudamérica*, dije. Me miró como sugiriendo que no entendía nada. *Your name?*, le pregunté. *Susy, Susy Wong*, dijo. Y entonces la señalé con el dedo diciendo *you Susy*, y luego girando el dedo hacia mí, *Me Rodrigo*. Y ella replicó *You Rodrigo, Me Susy*. A partir de ese momento perdí el sueño por las noches, y en el día no hacía otra cosa que pensarla, imaginando celestiales momentos que pasábamos juntos, multiplicando los sueños. Tuvimos varios encuentros fugaces en que más nos mirábamos que otra cosa, aunque también íbamos avanzando en comunicarnos el uno al otro quiénes éramos, mediante nuestras imperfectas conversaciones. La mejor hora era por la mañana temprano, ya que a Maribel le gustaba dormir hasta más o menos las once. La primera cita fue en la piscina de popa a las nueve, dentro del agua, sin otros bañistas. Por suerte se me ocurrió la idea de recurrir a mi amigo Jacques de la segunda clase. El me escribía en chino las cosas que yo quería decirle a Susy, y me traducía los mensajes que me escribía ella. Nos dejábamos los recados con Claude, el barman de la segunda, de quien me había hecho amigo después de probar sus *gin slings*. Estoy loco por ti, le decía yo, pienso en ti el día entero, y en las noches quisiera soñar contigo, pero no duermo. Y ella me contestaba que yo también le gustaba mucho, gran cosa que nos hubiéramos conocido. Y me agradecía los pequeños regalos que yo le compraba en cada puerto donde el barco hacía escala. *You have wife*, me dijo Susy una mañana mientras flotábamos. Obviamente me había visto en diversas ocasiones con Maribel. *Yes*, tuve que confesar, poniendo cara de víctima. *Wife old, Susy no husband*. Hablábamos muy parecido a esa frase que emplean los gringos para caricaturizar a un chino expresándose en inglés: *long time no see*. Pero con todo y esa

dificultad, mediante nuestros esfuerzos y con la ayuda de Jacques, igual nos íbamos diciendo lo que cada uno quería saber del otro. Ella había nacido en Shangai en una familia de comerciantes pobres, y debido a malas conductas que tuvo en la escuela, las autoridades quisieron mandarla a una comuna popular rural para que se reeducara. No le gustó la idea y prefirió arriesgarse en cruzar la frontera y asilarse en la colonia. No se llamaba Susy Wong sino Tai Li, su alias lo había tomado del personaje de una película. Antes de embarcarse vivió tres años en la isla, en North Point, y su trabajo lo realizaba por lo general en el Hotel Nan Tok. ¿Realizaba su trabajo en un hotel? Ahora llegaría a Marsella, donde pensaba tomar el tren hasta París, ahí a las chinas les iba muy bien, según le habían dicho.

No me gustaba del todo el rol de marido infiel, pero Susy era una olita de fuego y me transmitió la certeza de que quieras o no, yo tenía que arder en sus llamas, la cosa era sí o sí, como se dice ahora. Por otra parte, durante la semana y algo más que pasamos con Maribel en Hong Kong, generé la sospecha de que algo se traía mi esposa con el Cónsul de Chile, Adriazola, un tipo cuarentón, de buen porte y modales refinados. La mañana que acudimos al Consulado para renovar el pasaporte de Maribel, que se iba a vencer durante nuestra navegación, nos atendió con gran cordialidad, “me gusta conversar con compatriotas, llegan pocos por acá”, dijo, y nos invitó a un cóctel en su departamento por la tarde. Fuimos. Vivía en el piso doce de una torre desde cuyos ventanales se dominaba la bahía con todo su ajetreo náutico, las pequeñas embarcaciones a vela, los transbordadores que cruzan de la isla a Kowloon y viceversa, también los barcos que zarpan rumbo al este, hacia Japón, una vista tan embriagadora como el trago largo que él mismo nos preparó en su pequeño bar, *gin sling de Singapur*, dijo que se llamaba, y era de color rojo. Maribel parecía fascinada por la vista panorámica, por el trago y, además, por los elogios sutiles con que Adriazola le bendecía los oídos. Al despedirnos nos anunció que había ordenado a su secre-

taria apurar el trámite, “el pasaporte estará listo mañana después del medio día”, aseguró.

La mañana siguiente mientras nos levantábamos en la pieza de nuestro hotel, tuvimos una discusión más o menos violenta debido a que yo me había puesto un short caquí y una camisa celeste que no armonizaban, y yo me largué del hotel sin desayuno, a caminar por la ciudad. Vagué malhumorado, pateando piedras, desde la zona comercial hacia un barrio de callejuelas zigzagueantes y muy angostas con muchas casas dedicadas a estampar tatuajes en piel humana, y en mi confusión estuve a punto de hacerme tatuar un alacrán en el brazo. Entré a una casa de ésas y empecé a subir por una larga escalera que crujía bajo mi peso discreto. Cuando advertí que sobre las paredes circulaban como por su reino unas horribles cucarachas blancas y que en uno de los peldaños yacía una enorme rata muerta y putrefacta, recordé entre escalofríos las infecciones, la peste negra, y eché marcha atrás, por no decir que arranqué del lugar a cien por hora. Después busqué la zona del puerto, dispuesto a comer algo sabroso. A las cuatro de la tarde volví al hotel cansado como perro, con la intención de pegarme una buena siesta. Maribel no estaba. Tampoco había mensaje alguno. Dormí con entusiasmo y cerca de las ocho llegó ella, cuando yo salía de la ducha.

—Ya tengo mi pasaporte —dijo.

No le contesté.

—El Cónsul Adriazola nos invita mañana a un cóctel flotante en el yate de un ricachón chino que tiene negocios con los magnates de nuestra larga y angosta faja.

Tampoco le contesté, pero al medio día siguiente nos presentamos en el embarcadero indicado para abordar el impecable “Luz de luna”, todo blanco, ribetes azules.

Una tarde, después de la escala en Colombo, iba con Maribel a las canchas de *shuffle board* en la cubierta de proa y me quedé unos pasos atrás para detenerme un momento en el bar de Claude. Le pedí a mi amigo —ya era mi cómplice— un vaso de agua y me eché al

bolsillo con gran precaución un papel doblado que él tenía para mí. Después de una hora de darle a ese estúpido juego “de a bordo”, ya de vuelta en el camarote, pude leer mi mensaje, mientras Maribel iba a la *duty free* a comprarse un perfume. Susy Wong proponía que nos encontráramos apenas cayera la noche en la mera popa del barco, donde ya habíamos deambulado de día en busca de lugares aptos para nuestras citas. Ahí nos habíamos besado con furor a prueba de miradas ajenas junto a unas grosísimas sogas enrolladas y aceitosas. Por suerte para el momento del ocaso no faltaba mucho.

Las cosas malas que les ocurren a las personas vienen en series de tres, dicen los sabios. Al parecer, las cosas buenas también. Hacia el medio día, me senté en cubierta a tomar un café y me puse a revisar la partitura de una canción que había compuesto recientemente. En eso estaba cuando un tipo de pelo casi blanco, vestido como los pasajeros en barcos de película —vestón azul marino cruzado, pantalón blanco invierno— se detuvo frente a mí y observó los movimientos de mi lápiz sobre la pauta.

—Perdone que sea entrometido —dijo—, ¿es usted músico?

Le contesté que sí y empecé a contarle la triste historia del joven violinista derrotado que casi fue dueño de un Stradivarius que a la larga tampoco le habría servido para nada. Y como todo instrumento necesita el ejercicio de los dedos, dije también, me puse a estudiar composición y decidí además tomar un curso de dirección orquestal, qué hacerle, tendría que llegar a la música por otros caminos. Se sentó a mi mesa, pidió un exprés y quiso ver mi partitura.

—¿Usted es músico también? —pregunté.

—No exactamente. Sé algo de música, quizás bastante, pero yo no soy artista, soy apenas un mercader que comercia con discos, un industrial de la canción, un busca talentos, ¿quién es su agente?

¿Agente? Me estaba hablando de otro mundo. O de otro siglo, ¿había agentes en Chile? ¿Tendrían agentes Lucho Gatica, Violeta Parra, Victoria Espinoza? No respondí con palabras, sólo negué con la cabeza y después confesé que era chileno. El tipo se había

entusiasmado en la conversa, mencionó sus descubrimientos, dos o tres grandes éxitos taquilleros, y sus preferencias personales. Pero sabía. Sabía de ópera, de jazz, de rock, hasta de tango, Piazzola me parece bueno, dijo, y Susana Rinaldi es una solista soberbia. De los compositores chilenos sólo conocía a Pérez Freire debido a que el tenor sueco Jussi Bjorling había interpretado el *Ay, ay, ay*. Y también algunos años antes escuchó cantar a una soprano indígena de apellido Quintral en la casa de Claudio Arrau en Long Island.

–Quintral –corregí–, Rayén Quintral. La voz de un ave privilegiada de las selvas araucanas. Pero no se lo dije.

–Amigo, ¿cuál es su nombre? Lo invito a una copa, vamos al bar de Claude. Después, si le parece, pedimos que nos faciliten el piano en el salón de baile para conocer su composición.

Primero eso, después el ofrecimiento de Susy Wong, ¿cuál iba a ser la tercera sorpresa buena? Pues se cumplió bien la predicción: Mark Scheer, alemán de origen, pero neoyorquino de adopción, tocó mi melodía al piano y al llegar al final, con un gesto de que la cosa iba muy bien, dijo que antes de que desembarcáramos en Marsella, tendría listo un proyecto para proponerme.

Cuando la enorme esfera naranja del sol terminó de hundirse tras el horizonte, yo estaba ya esperando a Susy Wong en el culo del barco, mirando la estela de espuma turquesa que forma la rotación de la hélice. Más allá de esa pequeña vía láctea sobresalían las aletas dorsales de un par de tiburones que seguro seguían al barco en espera de los despojos. No tardó mucho en caer sobre esas aguas aún brillantes la primera sombra leve de la noche, y para ese momento Susy y yo, ocultos en el espacio formado por una plataforma inclinada y un enorme tecele, nos besábamos agitados, ella apegando su cuerpo al mío, las pieles de nuestras piernas desnudas frotándose resbalosas y ávidas de placer, mi pantalón de baño y el short de ella cayendo al suelo impulsados por las manos del otro. Liberamos los pies y fundimos entonces nuestros cuerpos verticales apoyados en una alta ruma de lonas que parecía estar ahí para favorecer la pasión.

El *clinch* fue breve, intenso, completo, angustioso y alegre a la vez, y nos dejó a ambos sudorosos, jadeantes, pero ahitos de felicidad. Pasamos otro largo rato entre besos, caricias, miradas al fondo del corazón, y cuando ya todas las luces de la nave se habían encendido, ella se desprendió de mi abrazo, yo le entregué una pequeña langosta de ágata anaranjada que había comprado para ella en Colombo. Susy la besó, se la apretó contra el corazón, dijo *I go first*, y partió hacia la civilización. *I love you Susy*, alcancé a decirle. Y era verdad, estaba loco por su fuego y su belleza, no dormía por las noches, perdía el apetito, me hacía un millón de preguntas que no encontraban respuesta fácil, y me desanimaba hasta la depresión... Qué bruto, pienso ahora de viejo, qué descaro, mientras me froto los ojos para enfrentar el nuevo día, y saludo a mi amigo el marinero. ¿Dónde ir? Maldita enana, no te vas a deshacer de mí tan fácil.

Empecé a despertar sin saber bien si las palabras de la Flaca Cecilia las estaba diciendo ella misma la mañana que me las dijo o si era yo el que soñaba de nuevo con esa escena que de tiempo en tiempo me ataca por las noches con la fiereza de una tarántula, dejando en mi ánimo un amargo sabor, *te pasaste huevón, ¡te pasaste! Tienes del año que te pidan, eres nada menos que un campeón internacional de los huevones, como si cuando Dios echó al mundo a los huevones tú estuvieras ya bien instalado gozando el privilegio de contarte entre los primeros moradores, ¡perderlo todo! Ahora, huevón, te quedaste sin auto, sin plata, con una deuda del porte de un buque, sin cara y capaz que hasta te quedes sin Flaca Ceci también, porque no me gustan los huevones, ¿sabes? Creo que si un concurso mundial de huevones ofreciera un buen premio, no te lo sacarías tú, de puro huevón, “que a la ruleta siempre gana” y tu risita de suficiencia, de huevoncito mimado al que no puede irle mal en nada porque él, pues, ¡cómo él!, ah no, a mí conmigo eso no, no pienso seguir viviendo con los choros afuera del canasto y tus huevadas me los sacan a cada rato, “no puede fallar”, y la risita, “te aseguro que vuelvo con la plata para arreglar el auto”, y la risita, por Dios, qué simpleza, un orangután habría razonado mejor, cualquier niño tonto se hubiera dado cuenta de que, bueno, de que cualquier cosa, mala cueva la mía, el huevón que me vino a tocar*

en suerte, ¿por qué mierda tenía que largarse a llover de manera tan desafortunada aquella noche? Sentí besos calientes en la boca y, sin adivinar dónde me encontraba ni en compañía de quién, fui abriendo los ojos. No era la Flaca. Norma estaba encima de mí y su lengua se paseaba por mis encías agrias, mientras sus piecitos perfectos reptaban diestramente en mi zona genital y me generaban una erección como hacía tiempo no me privilegiaba. Las manos de la enana podían ser feas y torpes, su cabeza era grande y desproporcionada, pero hay que decir que sus pies parecían más lindos que los de un recién nacido, ah, qué delicia, agarré su trasero y pasé la mano por debajo a la zona púbica dejando que mis dedos buscaran sus laberintos y luego, ah, ah yo, ah ella, los dos ah, y la boca de Norma se separó de la mía y su lengua descendió zigzagueando en busca del premio que sus labios atraparón y mantuvieron cautivo hasta que se dejó caer una irresistible lasitud y nuevamente sobrevino el sueño. El sueño, ese otro sueño, el que me desata la escena de un óleo que en una lejana navidad me obsequió el papá de Renato. El mismo lo había pintado y yo lo contemplo cada mañana al despertar, sobre la pared frente a mi cama, para repetirme como si las palabras fueran una oración “¿y todo para qué?”.

Por la ventana de la habitación se divisa un barco, un horizonte, una nube, ¿en qué puerto estamos? El marinero, copa en mano, en un gesto como pidiéndole a la mujer de ojos grandes y cabello color fuego, que se alegre, que sonría, no sabe por qué llora. Pero ella sí sabe muy bien por qué llora. No llora porque mañana zarpe el barco, ni porque los marineros besen y se vayan, ella llora porque es demasiado pequeña, porque está vieja, porque aunque los hombres la usen para desfogar sus ardores acumulados, nunca logrará ensartar en alguno de ellos la flecha del amor. El barco no se mueve, la nube amenaza, ¿lloverá sobre el puerto como llovía aquella tarde en Brest, Bárbara? El marino acaso piense que pronunciará el nombre de la enana cuando se encuentre lejos, que tendrá un recuerdo para contarle al mar, aunque él aún no sabe lo que vendrá. Y no sabe tampoco cuál es ese nombre.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Norma.

—Norma, escucha... *la noche es larga, no quiero que estés triste.*

Pero ella no está exactamente triste, sino más bien rabiosa, humillada, vislumbrando con mayor intensidad el odio. Y con respecto a la noche, larga o no, parece que todo depende.

—El golpe es el único factor que prolonga la noche.

—No —dice él—, es el viento. El golpe es trivial, no importa el golpe.

Ella lo mira con un mohín de sorna, como se mira a los que no logran entender. Se desabotona la blusa con violencia, se quita el sostén y enfrentando su mirada, dice:

—¿Viste? —el marino no responde con palabras, sino achicando los ojos—, ¿es trivial el golpe? —El contempla angustiado las magulladuras sobre la piel de sus pechos opulentos, luego mira hacia el barco sin nostalgia, piensa en lo bueno que es pisar tierra firme, en que quizás ya sea hora de abandonar el mar, de no volver a navegar más nunca—. ¿Es trivial el golpe?, —vuelve a preguntar Norma.

—Sí.

—No entiendes nada.

—No importa, el asunto tampoco es entender.

—¿No? ¿Y cuál es el asunto?

—Quizás yo no lo sepa todavía. Pero estoy seguro de que si me quito esta gorra, le doy el bajo a este ron y te abrazo, las cosas empezarán a aclararse.

El barco está anclado en el fondeadero. No echa humo. No hace sonar su sirena para estremecer la noche.

—No hablemos más entonces —dice ella—, metámonos a la cama.

—No todavía, yo *quiero* hablar. Hablarte de puertos lejanos, de las ciudades azules, de otros olores, de lugares mágicos donde todo es

diferente, de mil cosas que ignoras, de personas, de las cien mujeres que me amaron.

—¿Tú lo conoces todo acaso?

—No. Pero sé del tatuador que dibujó al sol en la espalda de la princesa y luego la tendió en la terraza de su taller, desnuda y dormida sobre el vientre, enfrentando sol con sol a través de un vidrio de aumento, hasta que ella estalló en una sola hoguera voluptuosa.

—No es verdad.

—Y conozco al capitán de barco que realizó el último viaje con su esposa y sus dos hijos y los arrojó uno por uno al Mar de los Sargazos antes de lanzarse él mismo, “adiós, adiós —les gritaba—, nos veremos allá en el fondo, en la eternidad”.

—Inventas. La soledad del mar agita tu imaginación—. Norma piensa en los dolores, en cada golpe, en tanta lágrima, y se pregunta “Y todo para qué” y se responde “y todo para nada”.

—Conozco al niño bicéfalo de Singapur —sigue el marino—, vi su doble mueca, sus dos miradas de profundo desamparo, mientras su madre cobraba la tarifa por exhibirlo al público en una carpa instalada cerca del embarcadero.

—¿Mentiroso, eso es lo que eres!

—Y sé de las hermanas santas de Rocambole, que envenenaron con arsénico a todas las monjas de un convento para quedarse solas con Dios. Parece que sí, casi todo lo conozco, por eso quiero contarte.

Llueve sobre el puerto.

—¿Y no puedes contarme algo bonito, no sabes otra cosa que horripilancias?

—Los hombres se matan unos a otros en la guerra. Siempre viene la guerra.

—¿Qué más?

—Los niños mueren desnutridos.

—¿Qué más?

—No hay esperanza.

Ella quisiera irse, zarpar mañana al alba a conocer esos puertos sombríos, a ver otros colores y tirar en alta mar el recuerdo de los golpes, las humillaciones, los dolores, saber si las cosas que cuenta este marinero son verdaderas, saber si acaso aún puede existir la esperanza.

—Sí hay esperanza —responde.

—Ah, tú lo dices.

—Lo digo yo. Lo que pasa es que a ti los viajes te deprimen. Mejor desnúdame.

El marino deja su copa vacía sobre una mesa, da una mirada entre nostálgica y aburrida al barco inmóvil, y empieza por quitarse la gorra. Todo para qué, se pregunta.

Después de mi desventura viñamarina las relaciones con Cecilia empezaron a dar tumbos. Nos reíamos poco cuando estábamos juntos, ya casi no salíamos; a cualquier invitación que le hiciera, contestaba hoscamente que no, cenar en el Bosco, ver una obra de teatro, buscar una buena película, a todo decía que no. Prefería andar sola y a veces llegaba tarde, “¿dónde fuiste?”, “¿Acaso yo te pregunto dónde vas?”. Punto, hasta ahí el diálogo. Así nos fuimos un tiempo hasta que resultó preciso aclarar las cosas, fijar nuevas reglas del juego, contarse la firme. Yo no tenía ninguna “firme” que contarle a ella la noche que, después de unos tragos en el estudio de la cabaña, nos enfrentamos. Pero ella sí. Había salido algunas veces con Enrique Aldunate, comieron en el Casino López Velarde, de la SECH, aunque no se había acostado con él, lo juraba. El tipo le atraía porque era ingenioso, la hacía reír y la trataba como si fuera una reina. Yo también la hice reír en los primeros tiempos, recordé, “tú me aburres”, me dijo ahora, y le respondí airoso que mi deber en la vida no era entretener a nadie, pensando que en realidad, de haber podido dejar que mis dedos corrieran por las cuatro cuerdas del violín, la

Flaca no hubiera tenido chance de aburrirse, porque la habría mantenido hechizada día y noche. Además Enrique era un formador, así dijo: “un formador” y luego se refirió a una comedia británica en la cual el protagonista, un profesor de fonética que tiene el mismo apellido de nuestro máximo padre de la patria, le enseña a hablar correctamente a una florista nacida en los bajos fondos de Londres, transformándola en una perfecta *lady* fina y sofisticada mediante ese proceso, como hizo el escultor Pígalión de la leyenda griega, que modela el cuerpo de una joven y le infunde tanta vida, que la estatua se convierte en mujer de verdad, así era el galán madurón de Aldunate; igual que el profesor Higgins, convertía a “estatuas” en mujeres, y eso era lo máximo, dijo Ceci suspirando. Ojalá, pensé, que no la fuera a convertir a ella en una estatua, porque la Flaca ya era una mujer de veras y no necesitaba maestros como ése. La cosa es que nos dimos un nuevo trato. Seguiríamos viviendo juntos, pero con licencia para relacionarnos con personas de cualquier sexo fuera del “hogar dulce hogar”. Una pareja con libertad, todo muy moderno. No me pareció mal, a pesar de que la idea de que Cecilia se pudiera encamar con otro tipo me producía bastante escozor. Una noche le pregunté a Renato si conocía esa obra de Shaw. Con cierta petulancia me respondió que por supuesto, se llamaba precisamente *Pígalión*, dijo, y su argumento había servido de base para una excelente comedia musical, *Mi bella dama*, con la que a su vez hicieron una película deliciosa de ese mismo nombre, la protagonizaban Rex Harrison y la bella Audrey Hepburn, que la estaban dando en algún cine del centro, no me la fuera a perder. Renato siempre al tanto de todo, no sé cómo lo hacía.

–Te necesito –me dijo la enana Norma.

–Pero no cuentes conmigo –respondí, olvidando por un segundo la amenaza con que su hermanita se proponía echarme de la casa, dejarme sin trabajo–, lo digo en broma –me retracté de inmediato–, por supuesto que siempre puedes contar conmigo.

Y volví a dormir, soñando el mismo sueño de otras veces, en que Buk y Hem se dan duro sobre la lona y entre las cuerdas.

El cielo nocturno de la pampa salitrera es un despliegue de diamantes que refulgen sus destellos hacia lo más transparente del aire. Pueblo Hundido se llama la pequeña ciudad incrustada entre los sensuales lomajes del Desierto de Atacama. Gime lastimeramente un perro cojo –o quizás su fantasma– y en el centro de una cancha de fútbol se ha levantado el cuadrilátero. Hemingway, el campeón, se pasea sobre la lona agitando los guantes a manera de saludo hacia un público escaso que lo aclama. Su barba es espesa y gris, su vientre, algo prominente. Se produce un rumor en el ambiente cuando aparece Bukowski el retador, con calamorros de minero, unos bermudas reemplazando al short y un habano humeante entre los dientes. Tras los ritos iniciales del duelo suena el campanazo y comienza la primera vuelta. Con una mirada irónica, Hem lanza dos ganchos cortos a su contendor, pero falla. Buk baila dando pequeños saltos ágiles y aplica cinco veloces golpecitos de izquierda a la nariz del campeón. Bufando como un toro de lidia, Hem le proyecta un recto de derecha que aplasta el puro en la boca a Bukowski, quien echando fuego por los ojos, le aplica un gancho duro en el estómago. En el segundo *round* los púgiles desarrollan una grácil coreografía que más que pelea parece un dueto de ballet, saltos alados, Buk hace un *pas de deux*, Hem lo imita, no se tocan, un combate en cámara lenta que acaba cuando arremete un rumoroso ventarrón del altiplano y Buk arrima al campeón contra las cuerdas, dándole duro y sin tregua hasta verlo caer.

Cuando volví a despertar Norma no estaba, pero sobre el velador me había dejado una botella de pisco y dos latas de coca-cola, bendita enana. Seguro que se hallaba complaciendo a alguno de sus clientes fijos.

El nuevo trato con la Flaca no anduvo mal para ella, pero a mí me fue deteriorando el ánimo, ya bastante bajo desde que Allende perdió por tercera vez la elección presidencial cuando parecía tenerla ganada. Cecilia salía por su cuenta, supongo que con el “maestro” Aldunate y tal vez además con algún otro galán de los que siempre

la rondaban, y yo un tanto sin rumbo, a la pesca de cualquier sirena que picara el anzuelo, como agradecido del menor pestañeo, alguna sonrisa deslavada, un mínimo gesto de complicidad. Sentí que todo eso era uno de los disfraces que toma el despecho, una forma de degradación que nunca me dejaba contento, ya que después del revolcón me acosaban sin piedad la vergüenza, el hastío, el tedio, el desprecio por mí mismo, hasta en ocasiones el asco. Una sola mujer de las que se cruzaron en mi camino durante el tiempo que duró este pacto, hizo mella en mí. Tamara, una amiga de la Flaca. Estudiaba danza y el día que la conocí me dio de reojo un par de miradas con pestañeo. Una tarde invernal de aguacero violento, Tamara golpeó la puerta de mi cabaña. Le abrí y la hice pasar anunciándole que su amiga Cecilia no estaba en casa. Venía empapada y tiritando de frío. La ayudé a desempaquetarse y le puse una silla junto a la estufa a gas.

—Dame tu mano —le dije y me la pasó mirándome con curiosidad y simpatía—, estírala, lo hizo y yo empecé a frotársela entre mis dos palmas hasta que fue recuperando calor—, la otra...—y repetí la operación. Me miró como si yo fuera su príncipe salvador, lo cual me envalentonó. Sus mejillas iban adquiriendo un tono rosáceo y como se agrandó además su sonrisa, se me ocurrieron entonces las orejas. En la radio Alfredo de Angelis cantaba *decime que pasó, no alcanzo a comprender por qué no me mirás corazón como ayer* y pensé inevitablemente en mi Flaca, que ya no me miraba como ayer, que no me quería, y entonces me vino la rabia y atacué las orejas de Tamara con cada una de mis manos iniciando la suave frotación hasta que se fueron poco a poco entibiando, y no sólo las orejas se calentaron, de manera que ella se levantó de la silla, miró al príncipe azul ofreciéndole los labios carnosos y tentadores que la coronaban.

—Cecilia llegará tarde —le dije después del beso—, fue al concierto de la Sinfónica—. No se lo comenté para que decidiera partir, sino para indicarle que teníamos tiempo.

—Ya lo sabía —respondió Tamara—, esta mañana hablé con ella por teléfono y me contó. Entonces supe para qué había venido y volví

a besarla. Luego, rodeándole la cintura, guié sus pasos al dormitorio y comencé a desnudarla lentamente y a quitarle todo el frío. Tenía cuerpo de bailarina, tetas delicadas, piernas largas, brazos y manos ágiles, cero grasa, y sus movimientos eran una delicia.

Nos vimos no sé cuántas veces más en lo que quedaba de ese año, entre agosto y diciembre, y aunque nunca me enamoré, puedo jurar que los mejores acuestes de mi vida fueron con ella.

—Tengo remordimiento —me dijo después de la primera vez, mientras permanecíamos abrazados en la cama.

—¿Por engañar a tu pololo? —pregunté.

—No, él me da lo mismo. Pero no me gusta hacerle esto a mi mejor amiga.

Por suerte sus remordimientos no la privaron de seguir juntándose conmigo.

A las diez de la noche la lluvia había parado y después de unas copas de vino encaminé a Tamara al paradero de trolebuses.

—¿Nos vamos a ver de nuevo? —pregunté al despedirnos.

—No sé... La Cecilia... ¿Tú quieres?

—Claro que sí, eres un siete.

—Llámame —dijo al subir, besándose la punta de un dedo y posándola luego en mis labios.

Cuando la enana Norma entró a mi pieza para ofrecerme una taza de café y un par de tostadas con mantequilla, quiso saber qué había pasado finalmente con aquel violín que tanto me obsesionaba. ¡Ah, el Stradivarius! Sin muchas ganas de abordar un tema que dolía por todos lados, le conté que érase una vez un niño que abrigaba la ilusión de llegar a convertirse en el mejor violinista de todo el reino, pero que el implacable destino manejado por una siniestra bruja había querido jugarle, etcétera, y que poco antes de perder la movilidad de su dedo, cosa que ni mil hadas pudieron solucionar con sus varillas mágicas, en una nueva carta desde México, mi tío Manolo, casi llorando de humillación y dolor, me informaba que después de

llevarle el violín a un conocido lutier, se enteró de que no se trataba de un Stradivarius legítimo, sino de un violín barato al que habían pegado una etiqueta falsa, imitación de las del siglo diecisiete en Cremona, y era frecuente encontrar lo mismo en los violines que tocan los mariachis de la Plaza Garibaldi. Fin de la historia.

No tuve ánimo para afeitarme, pero me cepillé los dientes con pasta y traté de darle una dirección a mi pelo. Luego salí a la calle, necesitaba aire fresco, un poco de sol, alguna caricia de esta primavera que estallaba con bríos y que hasta el momento me venía tratando mal, ¿o era la vida? Todavía cojeando levemente, eché a zigzaguear por las calles hacia el poniente y hacia el sur, y así llegué a la Plaza Brasil. Tiempo que no me sentaba en sus escaños, linda plaza, frondosa, cafés con mesas afuera bajo amplios parasoles, en su entorno, perros vagos, como siempre —¿por qué abundarían tanto en esta ciudad?—, un vendedor de helados con su carrito, señoras juveniles paseando a los bebés, ancianos que alimentan a las palomas, un organillero que haciendo girar la manivela, produce una melodía cuya letra me vino a la memoria desde otros tiempos, *qué lejos estoy del suelo donde he nacido*, mucha vida, pensé, y a propósito de mucha vida, también pensé que hacía bastante tiempo que no iba a pasear por las avenidas del Cementerio General, pobladas de árboles y de mausoleos que parecen pequeñas casas, mansiones en miniatura, quizás más tarde... Dejé caer mi trasero sobre un banco relativamente solitario: en un extremo dormía un gato a pata suelta. Empezaba a pensar en la Flaca cuando rodó hasta mis pies una pelota de goma. Le puse un pie encima, y pocos segundos más atrás de la pelota venía el niño que de seguro la había chuteado. Se detuvo frente a mí, me observó con curiosidad, quizás una pisca de temor, y también cierta dosis de desafío.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¡No te importa!

—¡Qué modales!

—Saca tu pie de mi pelota.

—¿Y cómo sé que es tuya?

—Porque me la regaló mi papá. Dámela.

—Si me dices tu nombre, quiero ser tu amigo.

El niño sonrió sin mucha simpatía.

—Me llamó Patricio. Me dicen el nene Pato, y mi tío Juan me puso “el enemigo”.

Yo seguía sujetando la pelota con mi pie.

—¿Patricio qué?

—¿Ah?... Patricio Jara Sanhueza, para servirle, ya suéltela.

—Mira, Pato —empecé a decir revolviéndole la cabellera con una mano.

—¡Deme la pelota! —gritó el niño—, ¡mamá, mamá!

—Qué maleducado eres —decía cuando la señora Jara llegó hasta nosotros bufando frenéticos denuestos.

—¡Suelte a mi hijo, degenerado! —gritaba histérica, agitando la cabellera, mostrando sus colmillos relucientes—, ¡carabinero, carabinero!

Entre los remezones que me daba la mujer, las patadas locas que tiraba el niño y mis intentos de aclarar la situación, no tardó en aparecer como por arte de magia una pareja de pacos que tranquilizaron a la caótica mamá, llamaron al nene, que ya se alejaba chuteando la pelota hacia el centro de la plaza, y me llevaron detenido hacia una patrulla que esperaba en avenida Brasil. Te quería afilar al cabrito, ah, degenerado, me repetían los policías una y otra vez, cada vez asestándome un lumazo en la espalda, o en el hombro, o en el culo. Para acortar las horas que permanecí detenido en el retén, me dediqué a recordar una de las noches más felices de mi vida, junto con la de un 4 de septiembre en que miles de personas aglomeradas en la Alameda frente a la Federación de Estudiantes escuchamos el primer discurso de Allende, que acababa de ser elegido presidente, la cuarta fue la vencida en esta ocasión. Al referirme a las “noches más felices de mi vida” debiera decir en realidad “de mi vida adulta”, ya

que en la niñez tuve días y noches muy felices. Creo que ese recuerdo hasta logró sacarme sonrisas a pesar de la amarga situación que atravesaba gracias a la perversidad del nene Pato.

Renato y yo nos habíamos metido de cabeza a trabajar por el nuevo gobierno de la Unidad Popular, que iba cumpliendo una a una las cuarenta primeras medidas que Allende prometió durante su campaña. Sin embargo, a pesar del entusiasmo, mi alma no lograba recuperarse del golpe, dos años que me había dejado la Ceci y las consecuencias de la pérdida resultaron más nefastas y malditas que la depresión que me arrasó años antes, cuando tuve la certeza definitiva de que mi dedo estaba inutilizado de por vida y que nunca ya podría tocar el violín. Me quedaba largas horas tirado en la cama deshecha, inmóvil, añorando la cercanía de mi Flaca, su piel, sus aromas, sin voluntad para moverme, para apagar la radio que me bombardeaba con canciones de la época, tangos, *adiós es la manera de decir ya nunca*, boleros, *en señal que te vas*, Aznavour en Venecia *sin ti*, Macartney, *why she had to go...*, todo me hacía sentir que el paria número uno del planeta era yo, nadie más, solo yo, un pobre y triste huevón que no supo mantener lo que quería, conservar el amor, ser feliz, hacerla feliz a mi Flaca, hasta que fui aumentando la dosis de pisco que me permitía dormir por las noches, un poco más de media botella entre las nueve y las once, así pude seguir trabajando, con esa interrogante filosófica de que a fin de cuentas todo para qué. Se me había grabado en la mente, al borde de la razón. Una noche Renato me trajo un frasco de valium, y yo le dije que el pisco me resultaba suficiente.

—No puedes seguir así —sentenció—, te estás matando. Y tu trabajo político anda como las huevas, si todos los huevones de nuestro lado se echaran a morir porque los deja una mina, la revolución se iba derecho a la cresta.

Y le hice caso, decidí salir otra vez al mundo, integrarme a las brigadas voluntarias, componer canciones que ayudaran al proceso, volver a vivir, buscar un poco de sonrisa también, *un pecho fraterno*.

Iban ya dos años de actividad más o menos normal la tarde que vi a la Ceci sola tomando un expés cuando entré al café Paula. Era invierno y se había desatado una ventolera lluviosa. Todo te tiraba el ánimo hacia abajo. Además, las cosas al parecer no andaban bien para el gobierno. Pero verla ahí sentada surtió el efecto de un tónico revitalizador. Mi Flaca estaba flaca, una bufanda roja de lana le daba un par de vueltas a su cuello distinguido; bastante pálida, ojeras disimuladas con un maquillaje agresivo, ni un asomo de alegría. No se veía linda, pero era la Flaca, era ella, ¡la Flaca! Y su imagen hizo que mi corazón bombeara más rápido. Nuestras miradas se cruzaron. Sentí la suya como una petición humilde, una señal para que me acercara, nunc a es tarde para reparar los errores, me decía. Fui hasta su mesa, me senté, nos seguimos mirando sin hablar, como dos extraños que tratan de reconocerse, llenando en silencio quién sabe cuántas preguntas del gran formulario. Las que me dirigía ella, estoy seguro de que las hubiera respondido en un remolino de confusiones, atontado por el desconcierto y el miedo, así me sentía: ridículo, mínimo.

—Vamos —dijo ella de pronto, y salimos a la calle. Yo no había pedido mi café, pero qué más daba, la seguí como un cachorro faldero. Nos alejamos del centro por Huérfanos bajo una lluvia liviana. Caminando en silencio, yo no sabía qué decir, ella se cubría la boca con su bufanda roja. En San Martín doblamos hacia Mapocho, y al llegar a Compañía, unos metros a la izquierda, la Flaca se detuvo.

—Aquí vivo —dijo—, entremos. Empezaba a llover con más ganas.

Una de esas grandes casas señoriales que habitaron las buenas familias de otra época, muchas habitaciones, corredores oscuros, galerías vidriadas, patios de luz, las casas que después de ser abandonadas por burgueses que emigraba hacia barrios nuevos y frondosos, con aroma de flores, se convertían en pensiones para estudiantes de provincia, garzonas de restorán, profesores jóvenes y solteros, hombres y mujeres que no alcanzaban a juntar los centavos necesarios para pagar un departamento independiente. Tras varias vueltas,

llegamos a su pieza. Cecilia hurgó en su bolso por la llave, abrió la puerta y a tientas buscó el interruptor de la luz, que nos iluminó amarillenta, como el ánimo de Ceci, deprimida, como el mío. Un ambiente amplio dividido por un biombo: a un lado cama, velador y ropero, al otro el sofá, una mesita de centro y dos repisas. Cecilia encendió una antigua lámpara de pie y apagó la luz del techo.

—Siéntate —dijo—, te voy a servir un trago. Yo no abría la boca, como si se me hubiera paralizado la lengua, pero la idea del trago me encendió la sangre. La botella y las copas esperaban sobre la mesa de centro. Ella sirvió ron. Nos miramos por primera vez a los ojos chocando los vasos, *bebamos juntos viejo* amigo, brindó ella, salud, seguí yo, y entonces ella gritó ¡al seco! Y así bebimos ese primer trago, de un solo guaracazo. Dejamos las copas en la mesa, yo sin decir nada, esperando nervioso la oferta del segundo. De pronto la Flaca se me apegó, la abracé, nos besamos, ella lloraba y las lágrimas azules se deslizaban por su piel. Sin hablar, serví yo mismo el segundo trago de ron para los dos y volvimos a brindar.

—Por la vuelta —dijo la Flaca.

Me estremecí, no supe si de felicidad o de terror, y empecé a sentir que una corriente cálida se deslizaba por mi sangre. Como al borde de un descubrimiento colosal, mi respiración se agito igual que cuando está por detenerse la bolita en esa rueda de la fortuna que es la ruleta de los casinos. Sin embargo no respondí “por la vuelta”, aunque choqué mi vaso con el suyo antes de beber. Arre- ciaba la lluvia.

Vinieron de a poco las palabras. Que yo seguía en el mismo trabajo del coro y gozaba de una discreta renta generada por las ganancias insospechadas de un disco con mis canciones grabado en Nueva York, ¿recordaba ella lo del contrato que él había firmado navegando por el Mediterráneo, casi al llegar a Marsella, cuando viajó con Maribel? Cómo no iba a recordar, protestó Ceci, ella no olvidaba nada, se acordaba de absolutamente todo, es más, pensaba mucho en nuestros tiempos de euforia, largas conversaciones, algu-

nas borracheras, noches felices en el abrazo, locura juvenil, tiempo de miradas transparentes, ella recordaba todo lo que él le había contado sobre su vida, el violín, la infancia en Valdivia, su tragedia del dedo lastimado, el percance del Stradivarius, el viaje al oriente con Maribel, y hasta la desvergonzada aventura adúltera con esa tal Susy Wong, y las trampas, la trampa de Maribel, la de Susy, la de Claude, todo lo recordaba, y lo que más recuerdo siempre, todas las noches, a cada rato, es tu ternura, la suavidad de tu abrazo, la delicadeza con que sabes hacer el amor, oh, Dios, cómo pude, qué me pasó, un vendaval arrasó con mi conciencia y me dejó sola en la intemperie, a merced de la lluvia y los vientos fríos, indefensa, todo se paga, Rodrigo, todo se paga, y yo estoy pagando caro... Que ella, deslumbrada por las promesas de “Arlequín” Aldunate, decidió seguirlo, entregarse, ser su esclava, acompañarlo, viajar con él al sur, al norte, si hasta habían pasado algunos meses en Europa, sobre todo París, arte, museos, música, catedrales, los deliciosos paseos por la ribera izquierda del Sena, pero él no, Rodrigo, él no funcionaba bien conmigo, en eso nunca fui feliz, sin embargo, de algún modo me poseía, podía hacer conmigo lo que quisiera, movía un dedo y ahí estaba yo, pero nunca fui feliz, de acuerdo, todo se paga y pagué mi pecado rezando muchos padrenuestros, infinitas avemarías, después que él decidió que ya era suficiente y me arrojó a la berma. Ella ahora dirigía el coro de un colegio mixto y eso le gustaba, pero nunca las cosas serían iguales a como alguna vez habían sido, la vida no suele portarse gentil.

Una ráfaga abrió la ventana de la habitación, me levanté a cerrarla, miraba hacia las casas viejas de San Martín, que casi no se veían por lo tupido de la lluvia, que empezaba a convertirse en granizo. Al volver al sofá, Cecilia había llenado los vasos de ese ron salvavidas.

—Este es tu vaso —dijo alzando el suyo—, bebamos juntos querido. Y se mandó el trago con elegancia y entusiasmo. La imité, se impuso un período de silencio, la ventana volvió a abrirse.

—Hay que ponerle una cuña, ¿tienes un diario viejo?

Dejé la ventana muy segura, ya no se abriría más.

–Parece que vas a tener que quedarte –dijo mi Flaca–... ¿Te acuerdas de aquella noche en tu cabaña?

¿Que si me acordaba? Había sido la primera noche de una época feliz de mi vida. Feliz y breve, seis años, ¿breve?

–Debiera irme ya, tomemos el estribo.

–No te vayas –me pidió la Flaca cogiendo mi mano, apretándola, traspasándome su calor, sus ansias, su angustia–, por favor no te vayas, afuera es noche y llueve tanto, quédate, quédate siempre, como en otro tiempo me quedé yo contigo –dijo–, comenzando nuevamente a sollozar.

La historia volvía a repetirse, pensé, *el mismo amor, la misma lluvia, el mismo loco loco afán.*

Esa noche de lluvia y amor renací, le di gracias al Señor, aunque no creía en él, volvió la felicidad, podía tocar el cielo con las manos. ¡Esa fue la noche!

Pero las estaciones vienen y se van, vienen y se van, y así esa primavera también vino y se fue, segundas vueltas nunca fueron buenas, dice la gente.

Finalmente, pasadas varias horas, tras la comprobación de mi domicilio, el sargento de turno me dejó libre, sin cargos. Oscurecía, y soplabla una brisa fresca. El hombro y un omóplato adoloridos me recordaron los golpes de luma que recibí por culpa del nene Pato. También en mi caminata recordé la vez que me detuvieron cuando desembarcamos en Marsella al final de esa colosal navegación en que Maribel y yo cruzamos varios mares. Aquella mañana, mientras el barco esperaba en la bahía su turno para entrar a los muelles, fui hasta el bar de segunda a despedirme de Claude. Nos dimos un fuerte apretón de manos y nos miramos con una sonrisa como de que no habría una próxima vez, sabiendo ambos que nunca volveríamos a encontrarnos. Me preguntó si le podía hacer un favor, “debo permanecer a bordo”, dijo, “y quiero mandarle a mi novia un regalito

que le compré en Hong Kong”. En varias ocasiones, Claude no me había cobrado los gin slings con que solía refrescar mi garganta y, además, había sido el correo que me permitió desarrollar la relación de intenso amor con la tramposa de Susy Wong. Le dije que sí, por supuesto, y entonces me entregó un paquete más bien pequeño que parecía contener algo así como una caja de chocolates, envuelto en papel de regalo. Del bolsillo superior de su vestón de barman sacó una tarjeta y la dejó sobre la barra, “el teléfono de Georgette”, dijo. Cuando en la aduana revisaron mi bolso de mano, sacaron el paquete y lo miraron con curiosidad, sopesándolo, palpando su textura.

–¿Qué lleva aquí?

–Un regalo.

–Ábralo.

–No puedo, se trata de un regalo que no es mío, es algo que una persona le manda a su novia.

–Vieja historia, eh, ¡ábralo!

El tono autoritario del tipo no dejaba opción, de manera que con sumo cuidado quité la cinta, desdoblé el papel y abrí la caja, que no era de chocolates, sino de unas bolsitas plásticas que contenían un polvo blanco parecido a la harina. Yo no sabía mucho en esos días sobre la preponderancia de la cocaína. El funcionario llamó a unos guardias que me llevaron detenido sin violencia, pero con poca gentileza. Llamaron a una intérprete para el interrogatorio y no me quedó más remedio que contar los hechos según habían ocurrido. Lo único que oculté fue el nombre de Claude y la tarjeta con el teléfono de la tal novia Georgette, que de seguro ni novia era. Los tipos me miraban como si estuvieran viendo al rey de los huevones en una jaula de exhibición. Por suerte no me llevaron preso, creo que en eso influyó el escándalo con amenazas internacionales que armó Maribel y sus gritos ensordecedores, ¡qué mujer!

Marchaba a paso lento hacia el caserón de Bulnes. Llegando le pediría a Norma una taza de consomé, un sándwich, cualquier cosa

que calmara un poco el movimiento indisciplinado que emprendían mis tripas. La enana se desvivía por complacerme, y yo la dejaba. Pero interrumpí la marcha con disciplinada determinación en Santo Domingo llegando a Rosas, cuando mis ojos chocaron con un bar abierto y tentador al otro lado de la calle.

Me acomodé en la barra y para hacer cundir más los pocos pesos que cargaba, decidí emborracharme con algunos pichunchos en lugar de pedir mi clásico Martini seco. Ordené también una pichanga para calmar el hambre. Creo que por la tercera copa me puse a conversar con el parroquiano sentado a mi derecha, de unos cincuenta años, espaldas anchas, pelo motudo y grisáceo, ojos claros, rostro anguloso, tenida formal, expresión inconfundible de aburrimiento. Tomaba un trago largo y rojo muy semejante al gin sling de Singapur. Se me dejaron caer los recuerdos.

—¿Qué está tomando? —le pregunté sin más ni más.

—Campari-soda —dijo.

Le conté que se parecía a un combinado que tomaba yo durante un viaje en barco, pero que en mi caso el color rojo lo aportaba la granadina, no el campari, y me acordé de Claude y le hablé de él a este amigo, y me acordé de Jacques y entonces le conté también de una linda china llamada Susy que me había quitado el sueño durante esa travesía, pero que me jugó una broma bastante siniestra (¿o se trataba más bien de una trampa urdida quizás con qué propósitos?), y él se agarró del tema para discursar con su lengua trastabillante sobre lo tramposas que pueden ser las mujeres, fijárame que por esos días el hombre se estaba cepillando a una contadora de la firma y que desde un motel de la calle Marín, ella le había telefonado al marido para decirle “voy a llegar un poco más tarde, mi amor”, mi amor, le decía cara de raja desde la cama, ¿se da cuenta? Diciéndole tranquilamente “mi amor” con el celular en una mano mientras con la otra me sujetaba la diuca, de ser tramposas, son tramposas, remataba, y volvía a ilustrar su idea sobre las mujeres con otra historia, el tipo era un cachero fino, o bien un farsante. Al cuarto pichuncho em-

pecé a verle dos caras a mi amigo, aunque seguía escuchándole una sola voz relatando sus aventuras eróticas, y yo también, sin mayores tropiezos de lengua le conté que cuando nuestro gran *paquebot* todo blanco llegaba al extremo noroeste del Mar Rojo —un mar alargado como una zanahoria, le dije, y muy estático, un mar sin olas, fome, sin espuma— listo para atracar en Port Said junto al Canal de Suez que lo une con el Mediterráneo, nos informaron que los pasajeros teníamos la alternativa de interrumpir la navegación por dos o tres días y tomar un tour desde ese puerto hasta El Cairo, a través del Desierto de Sahara, pasando por Alejandría, y hasta con tiempo para visitar las grandes pirámides y otros lugares antes de que el barco llegara a El Cairo a descargar y recoger a los pasajeros que hubieran optado por el tour, para de ahí zarpar hacia Marsella. Maribel quería que tomáramos el tour —no era caro— y a mi también me gustaba la idea, aunque tenía muy buenas razones para permanecer en el barco. En un mensaje que me había entregado el barman de la segunda, le dije a mi amigo, Susy me comunicaba que su compañera de camarote, la vieja Mildred, iba a tomar el tour y que por lo tanto ella quedaría sola y podríamos pasar una noche entera juntos. De manera que tuve que inventarme una enfermedad, como que a gemidos le dije a mi mujer lo mal que me sentía, me punzaban unos dolores muy agudos en la cintura, atrás, si hasta me quedé toda la mañana en cama y al levantarme, como a las dos, sin almuerzo, hice como que iba a la enfermería para que el médico de abordaje me inyectara algún analgésico fuerte, no aguantaba las punzadas, ¿se da cuenta? Como un actor de primera, ¿se fija? No crea que es fácil fingir dolor. Y ya ve usted, los hombres no tenemos de qué quejarnos, también somos chuchetas y tramposos, ¿o no? Por supuesto que intenté persuadir a la Maribel de que tomara el tour, ella no podía perderselo, el desierto, llegar a las pirámides en camello, intentaba entusiasmarla a como diera lugar, pensando en la posibilidad de que esa noche con Susy se multiplicara por dos o tres, el tiempo que demorara el barco desde Port Said a El Cairo, pero ella que no, amigo, ¿se da cuenta? Que sin mí no deseaba ir, los dos o nada, dictaminó, cagándome firmeza,

¿se fija? Tuve que resignarme a una sola noche, amigo, pero aunque fuera una sola, mi sangre ardía y el corazón me daba tumbos, y le escribí un mensaje a Susy diciéndole que como a eso de las diez y media, cuando Maribel se hubiera dormido, yo tocaría a su camarote suavcito para no llamar la atención de nadie. Mi mujer y yo estábamos cenando en el segundo turno cuando el barco ancló junto al muelle. Durante el aperitivo en lo de Claude, yo había derramado en su trago el polvito de una de las cápsulas que ella tomaba para dormir, le conté a mi amigo, porque con eso, más la cápsula que ella misma se iba a tomar, al poco rato de acostarse estaría soñando con los angelitos, amigo, y yo balanceándome en la punta del trampolín, listo para dar un salto ornamental al paraíso, qué me dice, le juro que la Susy era un bombón como pocos, el premio de un sueño, lo máximo, créame. De manera que apenas mi mujer cayó en brazos de Morfeo, como dicen los huevones siúticos y cursilones, me saqué la ropa formal con que se debe acudir a los comedores para la cena, pantalón largo y vestón, amigo, ¿se da cuenta? y me puse un short, una polera y las hawaianas, todo fácil de sacarse. Partí, amigo, hacia el camarote 234, en el mismo piso que el nuestro, pero al otro extremo del barco, salud, para qué le voy a decir que no iba nervioso, si la verdad es que cuando llegué a la puerta, tuve que permanecer algunos minutos quieto, aguardando a que se me calmara la respiración, y a que mi corazón dejara de temblar. Entonces toqué suavemente.

El siguiente pichuncho me dio un golpe más fuerte, sentí que me tumbaba, y creo que empecé a hablar a tropiezos, las ideas se me interrumpían y hubiera querido largarme, llegar pronto a la casona, el día había estado jodido. Pero el amigo, que llevaba no sé cuántos campari-soda, se puso pesado con eso de que “bueno y cuál fue la broma, o la trampa, qué sé yo”, que no me podía ir sin contar eso de la trampa, repetía, porque yo mismo era otro tramposo si me iba sin más ni más dejándolo colgado de la brocha, y tenía razón, no se puede abandonar una historia a medio camino, de manera que aun

dando tumbos le conté que apenas se abrió la puerta del camarote de Susy estuve a punto de caer desmayado por la impresión: ahí esperaba muy sonriente la rolliza Mildred en *baby doll*, ¿se da cuenta, amigo, una vieja cincuentona en esas prendas para lolitas adolescentes? quedé paralogizado, sin saber qué hacer ni qué decir mientras ella me jalaba para adentro de un brazo, y yo me sentía como un zombi, un ser sin voluntad, abatido, que había dado un salto hacia la gloria y caído en el abismo.

—¿Y Susy? —le pregunté como un imbécil.

—Oh —dijo la gringa sin perder la sonrisa—, ella tomó el tour por tierra, yo misma le regalé el pasaje, ¿no te lo dijo? Tal vez no tuvo la ocasión de comunicártelo, tú andas siempre tan acompañado, nene. —Me hizo dos o tres guiños y luego se me echó encima, como un oso me rodeó con sus brazos, olía bien la vieja, perfume de calidad—, y lo entiendo perfectamente, porque eres muy atractivo —guiños y más guiños—, tu esposa no debería dejarte ni un minuto solo.

Me besó y yo, asqueado y todo, la dejé, no por gusto, amigo, le dije a mi vecino, más bien porque no supe reaccionar en medio de los sentimientos de humillación y despecho que me envolvían en su textura viscosa.

“Oh, y además eres peligroso”, siguió la anciana caliente, frotando su cuerpo contra el mío, que finalmente empezó a encenderse, uno tampoco es de palo, amigo, no es “ná ‘e palo”, como le dijo al juez un huaso acusado de haberse violado a una gallina, “además de atractivo eres muy peligroso”, dijo la gringa cachera como cantando, de manera que en el curso de ese mismo abrazo la empujé sobre la cama baja, se golpeó la cabeza en la cama alta, no muy fuerte, pero como para lanzar un gemidito, y cayó de espaldas, ven mi nene, oh, mi nene, decía con dulzura, mientras yo le levantaba la faldilla de su anacrónico disfraz y le bajaba los calzones, dispuesto a descargar en ella la ira que ardía en mi sangre. De dos o tres caderazos eficientes

la anciana me derrotó, no pude contenerme, pero a pesar de todo, antes de que empezáramos los juegos preliminares para el segundo round, confesó que el polvo había estado soberbio, celestial, así dijo.

Mi amigo alzó un poco la cabeza y me miró como si no pudiera creer lo que le estaba contando, bostezó un par de veces y empezó a pestañar. En ese momento me premió el espíritu santo y me di cuenta de quién era él, por supuesto, ¿cómo pudo pasármese por alto, si justamente él tiene una hija viviendo acá en pleno Santiago, casada con chileno y todo, la Susan, y cada cierto tiempo viaja desde su tierra a verla, pero le gusta pasar esos días de incógnito, nada de entrevistas, ni académicos, ni escritores lambiscones, viene a ver a Susan y punto, nada de farándula. El seguía mirándome como si no creyera mi cuento.

—A ti te han pasado muchas cosas, Norman —le dije a mi amigo—, ¿por qué desconfías, tan increíble te parece la historia?

—¿Norman? —preguntó sorprendido, babeando por las comisuras.

—No te hagas el huevón, viejo perro, ya sé que cuando vienes a Chile te gusta pasar de incógnito, pero a mí no puedes engañarme, sé demasiadas cosas sobre tu persona.

—¿Qué puedes saber de mí? —preguntó Norman riendo—, no te las vengas a dar...

—Sé que combatiste contra los nazis —le dije. Y para convencerlo de que lo conocía bien, le dije que había nacido en Brooklyn en 1907, donde seguramente vio crecer un árbol, y le dije que me identificaba con su posición anti sistema, sus denuestos contra la violencia, la corrupción y la histeria que imperan en los Estados Unidos, y le recordé también que lo habían arrestado por manifestar contra la guerra de Vietnam, mientras él me contemplaba incrédulo, boquiabierto, como si el loco fuera yo, y nadie podría reprochar que te hayas calentado con la Marilyn, le dije, y lo tomé de las solapas, le di un par de remezones, y ladrándole con furia, le dije además que él había hecho algo que nunca le pude perdonar:

—Mira Norman —lo remecía—, aunque tengo claro que los tipos duros no bailan, hay cosas que un hombre no debe hacer—. Lo remecía y lo remecía, hasta que el miedo se instaló en sus ojos—. ¿Por qué tuviste que asestarle un navajazo a tu mujer? Eso fue una cabronada, Adele no se lo merecía —lo agité con mayor violencia de las solapas—, ninguna mujer se lo merece, por muy concha su madre que haya sido, ¿me comprendes? ¡Ninguna! ¿Fueron celos, ah, cabrón, dime, confiesa, fueron celos?

Parece que a Norman no le pareció bien que lo tratara de “cabrón”, porque acto seguido trató de pegarme un combo, pero no se la pudo, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Me lancé encima suyo decidido a terminar la pelea aplicándole un solo puñetazo en el hocico, sin embargo me fallaron las fuerzas y quedé lacio en el suelo, junto a él. Dos garzones forzudos nos rociaron agua en la cara y nos ayudaron a levantarnos para que canceláramos la alzada cuenta de nuestros tragos.

—Yo invito —dijo Norman.

—No, huevón...

—¡Yo invito! —insistió imponiendo un sí o sí. Acepté, total él manejaba dólares, venía de la opulencia. Pagó y los mismos dos garzones nos custodiaron hasta la puerta del bar y nos echaron a la calle sin misericordia.

Que cayó un meteorito no sé donde —dice el locutor de las noticias—, una región de Rusia, parece. Menos mal que no fue el meteorito de Renato, ese que cuando choque con nuestro planeta no dejará rastros de nada, como si nunca la tierra hubiera existido. Intento despejarme, abrir bien los ojos, respirar el airecito que se filtra a través de la ventana que anoche quedó entreabierta. Observo con una nueva curiosidad el cuadro del marinero con la puta que miran al puerto, todo para qué, vuelvo a decirme, y se me viene también al corazón el viejo tango, “que bien se baila sobre la tierra firme, mañana al alba tenemos que zarpar”, todavía la tierra sigue firme ya que el aerolito de las noticias no era de grandes dimensiones, en todo caso, para qué todo, la pregunta es válida... ¿Fue larga la noche, la última noche? No tanto, le conté a mi amigo de cantina esa mala jugada que me hizo la tramposa de Susy Wong. Endosarme a la vieja Mildred, ¡qué horror! Dos días enteros anduve haciéndole el quite mientras navegábamos rumbo al Cairo, donde Susy abordaría de nuevo nuestro pacquebot y se las tendría que ver conmigo, que acumulaba rabia a raudales por el hecho tener que continuar la farsa de mi lumbago, por habernos perdido Maribel y yo el tour hasta las pirámides, hipocritón me estaba poniendo, pensé, mi rabia en realidad se debía a que la mariconada de Susy me estaba astillando el alma, qué diablos,

la chinita tramposa se me había metido bajo la piel como un veneno. La vieja se acercaba lo más posible a cada lugar de la nave donde con mi mujer estuviésemos pasando el tiempo ya muy prolongado de la navegación, fuera el comedor, el “shuffle board”, la terraza de babor, el cine, cualquier rincón, al acecho, como si quisiera espiarme, y en cualquier momento en que Maribel desviara la vista o entrecerrara los ojos, la vieja desvergonzada me lanzaba una sonrisa y un guiño de pestañas como diciéndome esta noche te espero, agitando sus tetas abundantes bajo las poleras de punto que usaba, no me vayas a fallar, rogaban sus ojos, de modo que la noche antes de que tocáramos puerto, la vi tomando un cóctel en el bar de Claude y a la disimulada le dediqué un ademán galante que le estaba diciendo que me esperara. Porque se me puso en la cabeza la idea de volver a ese camarote con la intención de robar alguna prenda interior de Susy para tener de recuerdo, sostén o calzones, aunque el peaje a pagar fuera tener que echarle otro polvo a Mildred. Ella entendió y su respuesta fue una sonrisa de agradecimiento. Pero todo esto no se lo alcancé a contar a mi amigo de cantina, Norman creo que se llama, ni tampoco le conté que cuando esa noche puse a dormir a Maribel con la dosis extra de analgésico, me fui al camarote de Susy, de Mildred debiera decir más bien, y la vieja en esta ocasión no me esperaba con su ridículo “baby doll”, sino envuelta en una voluptuosa bata de seda liviana bajo la cual no había nada más que su cuerpo rugoso.

—Viniste, querido —dijo—, estoy tan feliz. Y me tiró los brazos al cuello.

Eludí su beso, le tomé una teta en cada mano abriéndole la bata, la empujé sobre la cama, me deslicé de un solo movimiento el pantalón de baño y me monté sobre ella a lo bruto, como para violarla, no por la vía regular sino por la boca. Ella quiso decir algo, tal vez protestar, gemir que así no le gustaba, que mejor por abajo, pero le negué toda oportunidad, me acosaba el afán de descargar la rabia, ahogar la humillación que pisoteaba mi ego, castigar a Susy a través de la vieja, qué confusiones, en qué desastres podía meterme.

Cuando me despedí de Mildred, ella lloraba y sentí pena. Al menos llevaba oculto bajo mi polera un calzoncito floreado de Susy Wong.

Al zarpar de El Cairo era muy poco lo que nos faltaba para el destino final, Marsella. Durante ese tiempo, Susy me hizo el quite con asombrosa maestría. Ni una sola vez se acercó al bar de nuestro correo Claude para reclamar un recado —que los tenía— o entregar el suyo. Y por más que desplegué todo mi ingenio para pillarla sola en algún momento, lo único que logré fue cruzarme con ella en la entrada del comedor. Iba a decirle algo, pero tomó la delantera y en voz muy tenue susurró “Mildred very happy, she say you good sex”. Fueron las últimas palabras que le escuché.

Como alguien a quien le han dado de palos sin que sepa por qué razón, bajé a la tercera clase para descargar mi pesar en el abrazo buena onda con que siempre me recibía el amigo Jacques. Lo encontré muy jovial y dicharachero, de buen color, como nunca, sus ojos reían como si estuviera evocando alguna escena de los hermanos Marx, y hasta se movía de otra manera, todo debido a que en El Cairo había recibido carta de Wang hui-chin, su esposa china, con la que esperaba reunirse pronto en París, si las cosas salían bien. Y salir bien las cosas significaba que a ella le otorgaran el permiso para dejar el país. Era el último de los pasos, trámites más bien, que les permitiría encontrarse para emprender una vida juntos y desarrollar con plenitud una relación que solo a medias había logrado satisfacer las ansias de los amantes. Cuando se conocieron en el campus, el estallido de la pasión fue fulminante, se miraron, dijo él, como si ambos hubieran bebido un filtro de amor que amarraría sus destinos con ataduras indisolubles, Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Daphne y Cloe. Wang hui-chin era la esposa de Lao Tai, maestro de Jacques en el curso de literatura clásica china, un hombre inteligente y delicado, pero demasiado mayor que la bella Hui-chin. De manera que las relaciones tuvieron que crecer en la clandestinidad, jugando a las escondidas, lo que no resultaba fácil porque, además de estar ella casada con una figura muy respetable, Jacques era extranjero, y había vigilancia. Pero tal vez esas dificultades para encontrarse y dejar que

se expresara el sentimiento y explotara el sexo como una bomba, intensificaron sus ansias hasta llevarlos a jurarse amor eterno. Antes de un año, Wang Hui-chin y Lao Tai se habían divorciado, mientras la nueva pareja iniciaba los trámites para el segundo paso: casarse, lo cual se logró al cabo de varios meses, cuando ya casi espiraba el tiempo de la beca que había obtenido Jacques. El tercer paso no alcanzó a consumarse antes de que él obtuviera su grado académico. Tuvo que regresar a Francia, pero ahora cruzaba los dedos con la esperanza de que las cosas salieran bien, ya que Mao y De Gaulle mantenían por el momento buenas relaciones, y de seguro sería posible encontrar alguna fórmula diplomática capaz de romper trabas burocráticas y allanar el camino para que Romeo y Julieta, un joven matrimonio consumado y ansioso pudieran al fin reunirse. La envidiable felicidad que percibí en mi amigo se debía a que en la carta recibida en Cairo, su esposa le contaba con detalles que los trámites iban por buen cauce y que, según ella, no pasarían muchos meses antes de que se le permitiera viajar a Francia, feliz él. ¡Salud Jacques! De pronto, como si fuera un mago, mi amigo había hecho aparecer una petaca y me ofrecía un trago de coñac. Qué envidia, me dije, lo que es yo, tenía el ánimo como la mierda por el temor de que Susy Wong me hubiera cerrado hasta la última de las puertas. ¿Qué la llevó a actuar así después de los momentos sublimes que pasamos juntos, cuál habrá sido el pecado que cometí? Nunca llegué a saberlo, pero me quedan algunos motivos para creer que la vieja Mildred le ofreció a mi amiguita algún dinero y ella decidió venderme.

Sentí golpes suaves en la parte baja de mi puerta. Adelante, dije, y entró la enana Pati, vestida con una falda larga tipo hindú. Se sentó a los pies de mi cama.

—Tengo algo que hablar contigo —dijo en su habitual tono seco, hablaba como si estuviera enojada con uno.

—Te oigo—, me incorporé un poco, acomodé la almohada y la miré con cierto temor. Cuando quería hablarme era siempre para soltar alguna pesadez.

—Norma está muy enferma.

—¿Qué tiene?

—Cáncer—, se me congeló la sangre, un nudo en la garganta me impidió hablar, sentí que el corazón latía más rápido y estuve a punto de llorar—. Ayer nos comunicaron el resultado de la biopsia: cáncer a los ganglios. Te mandó un recado, que antes de salir pases a verla. Pasa, pero no te pongas alaraco, pórtate gentil y actúa como siempre, nada de ópera.

—De acuerdo —balbuceé, casi no me salía el habla.

Norma estaba dormida y por su expresión parece que tenía buenos sueños. La cabellera roja brillaba con un poco de sol que se filtraba por la ventana. Me senté silenciosamente al borde de su cama, cerca de la cabecera, y empecé a frotarle los pezones a través de la seda de su pijama, suavemente, como cuando se amasa una miga de pan sobre la mesa, así le gustaba. Tal vez esas imágenes le agregaron buenas imágenes a su sueño, porque se le fue dibujando en los labios una gran placidez que me transmitió un sentimiento de bienestar como pocas veces experimentaba a estas alturas de la vida, algo así como si me sintiera contento y agradecido de hacer el bien, de provocarle a alguien un poquito de placer. La contemplé apenado y maldije a sus padres por la irresponsabilidad de haber traído al mundo a esos seres diminutos que tan pocas probabilidades para ser felices encontrarían en la vida, “mi taita era de Cucao —me había dicho en una de nuestras borracheras—, Cucao, al otro extremo de lago Huillinco, donde el diablo perdió las ojotas, para el lado de mar abierto, cerca del cerro de mayor altura en la Isla Grande, desde cuya cima los leñadores del alerce pueden ver hasta las islas Guaitecas, y cuando él cruzaba el lago en su chalana cargada de tejuelas, después de finiquitar su negocio, le pedía un caballo prestado a su compadre Jacinto Vera y se iba hasta Castro al galope para juntarse con la vieja, que regentaba una casa de putas para el lado de los canales”, una inmensa casona de madera, decía con admiración como si la estuviera contemplando, su puerta mostraba orgullosa un rótulo con el nom-

bre de El Farolito. Maldije una vez más a esa pareja de primos hermanos que después de traer al mundo una hija enana, se atrevieron a tener otra. Cuando murió la vieja, contaba Norma, ella y la Pati eran adolescentes y ahí en El Farolito se iniciaron en el oficio, bajo las órdenes de la tía Irene, una puta concha su madre —así la llamó— que las retaba todo el santo día por cualquier lesera, les sacaba el cuero, que barran, sacudan, limpien las ventanas, y por las noches las alquilaba a buen precio para complacer a cuanto ricachón llegara por el burdel. Una vez, contaba la enana, esa tía Irene la agarró a gritos porque su vestido estaba sucio, “¿y a ti qué te importa?! —le había gritado ella—, acaso eres mi carcelera, o crees que soy una mocosa para que me andes gritando como una loca. Le di tal patada al velador de su pieza, que se rompió la ampollita de la lamparita, yo perdí el equilibrio y caí al piso, lo que me sacó más los choros del canasto, y entonces gimiendo fuertes alaridos me le fui encima a la vieja puta y le asesté varios puntapiés en las piernas y en el poto que la hicieron tumbarse sobre la cama, y ahí la golpeé con los puños en la guata, en las tetas, en la zorra, y cuando ella se acurrucaba sollozando, me dio por destruir la pieza, tiré al suelo un reloj de pared, desarmé los cortinajes, mandé a volar los retratos enmarcados de su familia”. De armas tomar la pequeña Norma, qué genio de la puta madre, Dios libre a los que con ella lleguen a caer en desgracia. La estuve mirando largo rato en su sueño, tratando de recordar las cosas que me había contado de su vida. Me contó su amor con Gustavo, el pianista del Farolito, que entonaba los más lindos boleros con la voz de un ángel, y que finalmente, después de un año de pasión desatada, no quiso comprometerse con ella, dejándola en medio de la desolación, no quiso aunque la quería, no quiso porque era enana; me contó la decisión que tomaron ella y Pati de abandonar el burdel y viajar buscando la vida hacia el norte; me contó la guagua que debido a sus caderas demasiado estrechas tuvieron que sacarle mediante una cesárea y que murió a las pocas horas de nacer; la suma de peripecias y sinsabores de una vida bastante amarga, me contó. No te mueras,

Norma, le dije con el pensamiento, presionándole un poco más los pezones, por favor no te mueras, no te vayas a morir. Ella abrió los ojos y me miró con una sonrisa.

—Voy a salir a buscarte unas revistas —le dije.

Eché a caminar por Bulnes rumbo a la Alameda, con lentitud, me dolían algunos huesos y sentía un poco de opresión en el pecho que me dificultaba respirar. Había pasado el medio día y la atmósfera era de tristeza. Me detuve a descansar frente a la entrada del restorán “Ostras Azócar”, instalado en una enorme casa de otro siglo, y se me ocurrió asomar la cabeza hacia el interior. En una especie de barra a mano derecha, preámbulo de los comedores, una pareja joven sorbía con sensualidad las ostras desde su concha y a continuación se empinaba un sorbo de vino blanco bien helado, a juzgar por el rocío de la copa. Ella, sin ser una belleza, se veía linda en su faldita breve y unas medias negras caladas que llamaban a la acción. El afortunado que la acompañaba parecía un muchacho algo rudo, yines gastados, chaqueta de cuero negro, cabellera larga tomada en la nuca con un elástico. Sentí envidia de esa juventud alegre y húmeda, y las delicias marinas, qué decir... Pensé que cuando recibiera la mesada que generaba mi disco, me vestiría con el paletó azul marino que compré hace un par de años en la Ropa Americana de calle Cummings y con unos pantalones de cotelé más o menos en buen estado, y me atrevería a entrar con la apostura de un caballero andante a ocupar una mesa y disfrutar —lamentablemente solo— de un pequeño banquete marino, el regalo que nos hizo Neptuno al enfriar el mar de nuestra costa. Tomé aire, disfruten muchachos, le grité a la pareja, pásenlo bien, y continué la marcha hacia el pequeño boliche donde compraría revistas viejas para llevarle a Norma. Al cruzar Agustinas, me detuve frente a un perro cuyo pelaje deslucido y ralo hablaba de tiempos duros. Estaba muy flaco, su expresión no reía, no danzaban sus ojos. Hola perro, le dije, ¿cómo te llamas? A lo mejor no tienes ni nombre. Le acaricié la cabeza y el animal se dejó, mirándome primero como sin entender lo que estaba pasando,

quizás con la sospecha de que yo fuera un idiota, pero después, al continuar yo rascándole la testa, sus ojos expresaron agradecimiento, como si fuera yo su Dios. Recordé los versos de un poeta francés que le gustaba a mi tío Manuel, “señor si llega el día que me llevéis clemente, a veros cara a cara por una eternidad, haced que un pobre perro contemple frente a frente, a aquel que fue su Dios entre la humanidad”. Mi preciosa Kity, mi perra. Aquella noche...

La segunda vez que me dejó la Flaca Cecilia, quedé bastante mal de espíritu. Desgano, apatía, amargura. No deseaba pensar, pero me hacía miles de preguntas, por qué, sobre todo por qué. Quédate siempre, me había rogado aquella noche de lluvia y ron en que el amor nos envolvió de nuevo. La dicha tomó otra vez la dirección que marcaba mi brújula, pero no duró mucho antes de dar un viraje de ciento ochenta grados hacia la desolación. Durante el tiempo que alcanzamos a estar juntos, casi nunca me quedaba con ella en su pensión, ni tampoco iba la Flaca conmigo a la cabaña. Mantuvimos nuestra relación “puertas afuera” y sólo en pocas ocasiones –durante los severos fríos de julio– pasé la noche en su pieza, o se quedó ella en mi casita. Las cosas fueron muy distintas de la feliz película que reveló nuestro primer período: mientras estuviéramos compartiendo un concierto, tertulias con los amigos o una función de teatro, nos divertíamos. Y el sexo no andaba tan mal, aunque sin los condimentos explosivos de nuestros comienzos. Sin embargo, cuando pasábamos una noche juntos y a la mañana siguiente nos enfrentábamos durante el desayuno, la cosa terminaba siempre en pelea, que no le gritara, me decía la Flaca, y yo sólo estaba enfatizando mis palabras, y que no me hablara siempre como si me estuviera retando por algo que hice, le decía yo, y entonces, quitándole el poto a la jeringa ella se mandaba cambiar sin decir más, me dejaba plantado con un nudo en el corazón. Al cabo de unos meses casi no hablábamos, nos encerraba una desazón capaz de coronar al tedio, no tiene sentido, decía la Cecilia, y yo sabía que eso era verdad, pero me empeñaba en seguir escondiendo la cabeza de la soledad que podría atacarme si llegaba a perderla. Una noche tomábamos vino

en el Black and White, cerca de su pensión, cada uno ensimismado, silencioso en el centro del alegre bullicio que ofrecen los bares.

–Salud –le dije de pronto, levantando la copa.

–Salud –respondió aburrida–. La del estribo.

–¿La del estribo? Si nos queda media botella.

–La botella es la del estribo –me miró a los ojos como al borde del llanto–. No vamos hacia ninguna parte, Rodrigo, ni siquiera lo pasamos bien, entiéndelo, nuestra relación se ha convertido en una lata, y creo que por desgracia eso no tiene remedio.

–Otra vez con ese discursito estúpido, qué te pasa, Flaca, ¿no me rogaste que me quedara siempre porque afuera llovía tanto? Y ahora, dale con lo mismo, te estás poniendo huevona mi amor –. Se lo dije alzando la voz, llamando la atención de otros parroquianos.

–Ya, ya, corta el hueveo –terminó ella, levantándose–, ¡para qué darle más vueltas! Tomó su bolso y se dirigió airosa hacia la puerta. Permanecí estático, humillado, con la sensación de estar en medio de una situación ridícula que los demás parroquianos disfrutaban frotándose las manos, y seguí tomando vino, seguro de que éste era sin alternativa nuestro final. Terminé la botella, pagué, salí a la noche y caminé hacia la parada de micros en la calle Compañía. Me puse a esperar en la esquina mientras un perro me hacía fiestas moviendo la cola. Hola camarada, le dije acariciándole el cuello. Noté que tenía collar, quizás un perro perdido. Llegó la Ñuñoa-Vivaceta, subí y el perro subió detrás. Me fui a sentar cerca de la puerta trasera, por suerte el vehículo iba casi vacío y el chofer no reclamó. El perro se sentó en el piso, a mi lado. Entonces hurgué en su cuello y palpé la chapa. Acerqué la vista, Me llamo Kitty, decía y junto a su nombre venía un número telefónico. Kitty: era perra. Media hora después bajé a dos cuadras de mi casa, y la Kitty bajó conmigo. Parecía dispuesta a seguirme hasta donde llegaran mis pasos, y así lo hizo sin pudor alguno, como si fuera lo más natural. Cuando abrí la puerta del jardín, le hice una caricia y le dije, hasta aquí llegamos amiguita, pero ella se paró agitando la cola y apoyando en mí las patas delan-

teras. Me derrotó. De acuerdo Kitty, entra conmigo. Al menos esa noche tendría compañía.

Me recorrió el cuerpo una corriente fría al recordar que Norma tenía cáncer, entonces me despedí del maltrecho colega que agradecía que alguien le hubiera dedicado una sonrisa, y seguí mi camino hacia el boliche de las revistas. El recuerdo de ese poema sobre el fiel perro que había muerto de la “odiada muerte”, así como también la imagen de mi Kitty arrollada hace muchos años por una camioneta, durante su paseo matutino, me estaba metiendo una idea en la cabeza, y en mi marcha le fui dando vueltas. Perros muertos. De eso se trataba.

El vestón de lino que compré en “la ropa americana” lograba protegerme algo del sol de medio día, y su color azul combinaba bien con el pantalón plomo de cotele finito y los gamusines parecidos a los que cuando muchacho compraba en “Juvens” y que solo me ponía para grandes ocasiones. Tendría que buscar un sombrero Panamá para afrontar el sol caliente del verano que se aproximaba. Al pasar frente a la fiambrería, me miré en la vitrina y juro que hasta me veía elegante. Importante además, por el antiguo maletín de cuero que sujetaba mi mano izquierda. Suerte que sólo quedaba una cuadra para entrar en el paraíso que me esperaba de brazos abiertos, ya verían, ya verían los cabrones que no todo es limpio y puro en este mundo.

Crucé la puerta del “Ostras Azócar” y fui directo a ese mesón marinerito donde me pasaron un platillo con tres ostras y una mínima copa de vino blanco: era el regalo que se recibía tan solo por entrar. Después de la “delikatessen”, tomé asiento en una mesa del primer comedor, mirando al acuario. Me impresionó la belleza con que deslumbraba la mesera que me atendió, parecía una reina egipcia, Nefertiti, algo así.

–No lo tome a mal, pero usted es muy linda –le dije, me estaba convirtiendo en todo un caballero. Ella sonrió.

–¿Qué se va a servir? –preguntó. Lamentablemente tenía una voz de zanahoria rallada.

Mirando falsamente la carta, pues sabía perfectamente lo que iba a comer, le dije:

–De aperitivo, un Martini seco con cebollín...

–Un “Gibson” –dijo y anotó.

–Luego, una docenita de ostras, un cóctel de erizos, y como plato de fondo una langosta. Para regarlo, una botella de champán “brut”-. Las langostas las tenían vivas en un estanque con agua salada. Todo “comme il faut”. Mientras llegaba mi pedido, saque del maletín unas hojas impresas y me hice el que leía. Pero solo me estaba riendo por dentro. Riendo y también llorando, cuando se me atravesaba la imagen de Norma en su lecho, esperando la muerte, no te mueras Norma, no seas maricon, eres lo único que tengo, quédate conmigo, no te vayas, juro que te cuidaré como un hueso santo. Recordé que al salir de casa (por llamarla de alguna manera) me encontré con una carta para mí, que me eché al bolsillo. A mi nadie me escribía, además muy pocas personas conocían la nueva dirección, que ya tenía poco de nueva. La carta era de Maribel, fechada en Génova. “Querido: no sé si sepas (eres tan bruto) que no teniendo yo hijos ni hermanos, eres tú mi único heredero, ¿recuerdas que nunca nos divorciamos? Espero que esto no te haga desear mi pronta muerte, pues tengo cuerda para rato. Estoy muy bien con Giovanni, mi nueva pareja, y no pienso alejarme del estado de dicha que me embarga. Quiero que nos divorciem, y estoy averiguando si hay manera de hacerlo a control remoto sin tener que viajar a ese país antipático. Chao, pichón, diviértete si es que todavía puedes. Tu esposa Maribel”. Las cosas que pasan, “diviértete si es que todavía puedes. ¿Y qué es lo que estaba haciendo?

Lo que me dio más placer de todo el almuerzo fue el cóctel de erizos. Frescos, como recién sacados del mar, me hicieron recordar los felices momentos cuando con mi Flaca Cecilia nos deleitábamos engullendo a lo salvaje los mariscales de “El Lobo Marino” después de mis ganancias en la ruleta. Esas almejas que entonces podían sorberse crudas desde su concha, sin necesidad de derramarles limón, ni agregarles cebolla picada o cilantro, autosuficientes ellas mismas, cada una de ellas. Las machas, los piures, las cholgas, todo eso que la naturaleza nos diera generosamente y que en los siniestros días que vivimos nos arrebató la maldita contaminación de los mares. Días felices, dictamina el recuerdo, que a veces se equivoca, días sin futuro y de poco pasado, momentos potentes y risueños, el amor en la sonrisa de los ojos, la certeza que todo andaba bien. El Lobo Marino de los sábados, con Renato también, que menudo nos acompañaba en esas jornadas, miserables asesinos, hijos de Hitler, nunca se han encontrado sus restos, se supone por los antecedentes reunidos en la Vicaría, que lo tiraron al mar como a Marta Ugarte, que al menos fue arrastrado su cadáver a las arenas de una playa, ¡malditos! Ya les llegará el turno de pagar su cobardía... La langosta también merecía un premio, no había vuelto a probar su deliciosa carne desde la navegación por los mares de oriente, los días en que la chinita Susy Wong hacía saltar mi corazón, una vieja quiso atraparme en sus redes seniles y mi legítima esposa Maribel prefería dedicar una buena parte de su tiempo a hincharme las pelotas. Y bueno, no había quejas del almuerzo. Pedí de postre castañas con crema y después un café turco.

–¿Dónde está el baño? –le pregunté a la reina egipcia de voz desastrosa. Y me levanté dejando sobre la mesa la cafetera humeante y en la silla de enfrente mi maletín de cuero.

En el baño había buena luz, de manera que después de orinar y enjuagarme las manos, me dediqué a observar las nuevas arrugas aparecidas en mi rostro, el color de mis pupilas, la dirección de los

vértices de mis labios, la ampliación de la frente cabeza adentro y finalmente me dije que no estaba tan requetamal, como si quisiera convencerme de que aún tenía posibilidades en la vida. Los mariscos me habían inyectado optimismo. Ya afuera del baño, busqué el camino y crucé la puerta de “Ostras Azócar” tranquilamente, como un caballero, caminando con dignidad hacia la esquina. En la esquina doblé y me lancé a correr a lo que daban mis piernas, que no era mucho. En la esquina siguiente volví a doblar y empecé a sentirme seguro. Perro muerto se llama el delito que cometí.

Norma, no pienses en largarte de aquí, te lo he pedido mil veces y te lo pediría mil veces más, no me dejes, no te vayas a morir, no me arrebatas tu ácida dulzura, tu recia delicadeza, tu gran tamaño de enana, la enorme generosidad de tu pequeño corazón, agárrate de lo que sea con tus dientes de vampiro y tus uñas de tigre aquí en la tierra, pero no te vayas del reino de este mundo, no te atrevas cabrona, no me juegues bromas pesadas, quédate aquí, aquí, aquí, trenzada a tus recuerdos tan nítidos del sur lluvioso que añoras cada día, a tu historia de triunfos trepando norte arriba hasta llegar a la coronación, la cima, tu propio burdel en calle Bulnes, trenzada a este vago inservible que una tarde llegó a tus comarcas para quedarse, que ahora te mira las manitos reposando sobre tu vientre, este paria que siempre disfrutó la gentileza de tus carnosas tetas, que conoció la virtuosa rugosidad de tus labios, que te amó, aunque no siempre lo supiera, aunque te haya ofendido con algunas patadas, tréznate a las pequeñas cosas más bellas de la vida y olvida de un brochazo y para siempre el odio de Dios, quédate Norma, te lo digo llorando con una angustia que me asfixia la posibilidad de tu partida, no te vayas.

La enana sonrío como si sus oídos escucharan mi ruego, las palabras que jamás nadie le dijo, la dulzura que llega tarde, un trago, un trago por favor. ¡Mi reino por un trago!

Pero el buen Dios jamás escucha ruegos. Cuando le dijeron hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo, eso fue lo que

hizo, su voluntad. Y su voluntad consistió en jalar a Norma hacia las praderas de su reino.

Después de la última paletada las tres enanas y unas pocas personas más que acudieron al funeral peregrinaron hacia la salida. Yo me quedé solo un rato frente a la tumba diciéndome que Norma no tuvo la felicidad que se merecía, ¿alguien la tiene?, y que si ella hubiera crecido un poco más, otro gallo le habría cantado en la vida. Recordé pequeñas escenas, tratando de fijar su imagen a fuego en mi memoria. Cuando un nubarrón disparó su ráfaga de oscuridad sobre el cementerio, le dije el último chao y partí buscando esas callecitas arboladas, con los mausoleos semejando casas o castillos en miniatura, una ciudad en miniatura, a la medida de Norma, pensé, esa habría sido una buena ciudad para ella. Busqué un camino, deteniéndome aquí o allá a leer algunos epitafios, y zigzagueando marché entre sombras, me perdí, caminé para adelante, para atrás, acercándome siempre a un punto ilusorio que no era la salida, un laberinto, ahí me hallaba, un laberinto sin puntos cardinales, y un viento mecía el ramaje de los árboles que orillaban las calles de Liliput y aunque no hacía frío, yo lo sentí, sentí también miedo y soledad.

Aunque me gustaba más la salida solemne y monumental de Santos Dumont, mis pasos se encaminaron espontáneamente hacia el camino de Recoleta, más ordinario, más ramplón, pero con una ventaja incomparable: estar justo enfrente de El Quitapenas, donde desde viejos tiempos pasan los dolientes para aminorar sus dolores con unos cuantos tragos, cruzar la avenida y ya.

En el local, más ordenado y pretencioso que su versión original de calle Zañartu, no había demasiados comensales, pero tampoco estaba vacío. Tomé una mesa al final del pasillo, frente a uno de los ventanales hacia Recoleta, y en un santiamén un garzón me entregaba un ostentoso menú. Los precios ya no eran los de antes, cuando el bar pintaba más modesto, un simple bar de barrio bajo, una picada, buenos precios y factura pobretona. Ahora tres mil pe-

sos un sándwich de pernil, el doble que en cualquier parte. Tres mil un Gibson, no había derecho. No tuve más remedio que ordenar una pichanga y un jarro de tinto bastante cagón. Fiambres, pepinillos agrios, cebolla escabechada y aceitunas. Me vino bien, no había comido en todo el día. La muerte de la enana Norma me tenía no sólo desolado sino además frente a un problema de marca mayor, el de quedar cesante. Tendría que hacer mi maleta y partir con la cola entre las piernas, con mi música a otra parte, literalmente. De seguro la enana Pati no me admitiría un día más. Pero bueno, la vida es así, me dije, en ningunas parte se está seguro, no existe el “siempre”, a lo mejor en unos días hasta podrían venir tiempos mejores, negro José. Total, nunca se está tan mal como que no se pueda estar peor. El vino no era tres tiritones, pero dejaba hartó que desear.

Mientras sin prisa iba consumiendo mi pedido, fijé la vista en un hombre grueso que tomaba tragos cortos en la barra, uno tras otro, tequila, me figuré. Tenía la frente ancha y el cabello ligeramente ondulado. Bigote grueso. No llevaba vestón, tan solo una polera a rayas horizontales, blancas y azules. No podía quitarle la vista de encima porque tuve la certeza de conocerlo, de haber estado con él alguna vez, o en más de una ocasión, ¿dónde? ¿Cuándo? Mi mente se concentró y después de dos copas más se me fue nublando un poco la vista, pero aclarando la película. Entrecerré los ojos para enfocarlo mejor. ¡Era John! Volteó un tanto la cabeza y pude distinguir sin mucha claridad su perfil. ¿Era John? Volvió a mirar hacia el espejo de la barra y por primera vez lo vi de frente, Sí, era John. Y me vino toda la rabia, ¿cómo pudo decir tantas mariconadas después de haber escrito esa epopeya que cambió la vida de muchas personas? los Joad emigrando de Oklahoma hacia la tierra prometida de California en una interminable caravana carretera de campesinos empobrecidos por la gran crisis, ¿cómo pudo negarse a sí mismo después de haber convencido a miles de personas de que la lucha es la única manera de cambiar las cosas, de terminar con la injusticia para vivir mejor?

¿Cómo se atrevió a bendecir las manos de los aviadores norteamericanos que jalaban la palanca para derramar bombas sobre Viet Nam? Hijo de perra. Tenía que decirle lo que pensaba de él y entonces me paré, sujeté el respaldo de mi silla para conservar el equilibrio, me ajusté el cinturón y caminé un poco inseguro hacia la barra. Le lanzaría todas mis maldiciones al miserable, a pesar de lo feliz que alguna vez me hicieron sus novelas. Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Y conformándome, pensé que si me iba mal y mi violencia encontraba respuesta, al menos el Hospital Joaquín Aguirre quedaba muy cerca, justo frente al cementerio.

